

# La tradición viva

Amadou Hampâté Bâ

Versión española de Celso Medina

Ilustración creada con inteligencia artificial



**La escritura es una cosa y el saber otra.**

**La escritura es la fotografía del saber, pero no es el  
saber mismo.**

**El saber es una luz que reside en el hombre. Es la herencia  
de todo lo que los antepasados pudieron conocer y nos transmi-  
tieron en germen,  
como el baobab está contenido en potencia en su semilla.»**

**Tierno Bokar<sup>1</sup>**

Quién dice tradición en historia africana dice tradición oral, y ningún intento de penetrar en la historia y en el alma de los pueblos africanos puede ser válido si no se basa en esta herencia de conocimientos de todos los órdenes, transmitida pacientemente de boca en boca y de maestro a discípulo a través de las edades. Este legado aún no se ha perdido y reposa en la memoria de la última generación de los grandes herederos, de los que se puede decir que son la memoria viva de África.

Durante mucho tiempo se ha pensado, en las naciones modernas donde lo escrito prima sobre lo hablado, donde el libro es el principal vehículo del patrimonio cultural, que los pueblos sin escritura eran pueblos sin cultura. Esta opinión totalmente arbitraria ha comenzado, afortunadamente, a desmoronarse desde las dos últimas guerras, gracias a los

<sup>1</sup> Tierno BOKAR SALIF, murió en 1940, pasó toda su vida en Bandiagara (Mali). Gran maestro de la orden musulmán Tidjany, fue también tradicionalista en materias africanas. Cfr. HAMPATÈ BA y M. CARDAIRE, 1957.

trabajos notables de algunos grandes etnólogos de todas las naciones. Hoy, gracias a la acción innovadora y valiente de la Unesco, el velo se alza aún más sobre los tesoros de conocimiento transmitidos por la tradición oral y que pertenecen al patrimonio cultural de toda la humanidad.

Todo el problema, para algunos investigadores, es saber si se puede otorgar la misma confianza a lo oral que a lo escrito para testimoniar las cosas del pasado. En nuestra opinión, el problema está mal planteado. El testimonio, cualquiera que sea, escrito u oral, no es finalmente sino un testimonio humano y vale lo que vale el hombre.

¿No es la oralidad la madre de la escritura, tanto a través de los siglos como en el propio individuo? Los primeros archivos o bibliotecas del mundo fueron los cerebros de los hombres. Por otra parte, antes de poner sobre el papel los pensamientos que concibe, el escritor o el científico se entrega a un diálogo secreto consigo mismo. Antes de redactar un relato, el hombre rememora los hechos tal como se le han comunicado o, si los ha vivido, tal como se los cuenta a sí mismo.

Nada prueba a priori que el escrito refleje más fielmente una realidad que el testimonio oral transmitido de generación en generación. Las crónicas de las guerras modernas están ahí para mostrar que, como se dice, cada partido o nación «ve a través de su ventana», a través del prisma de sus pasiones, de su mentalidad propia o de sus intereses, o el deseo de justificar su punto de vista. Por otra parte, los documentos escritos no siempre han estado exentos de las falsificaciones o de alteraciones, voluntarias o involuntarias, debidas a los copistas sucesivos, fenómeno que dio nacimiento, entre otras cosas, a controversias relativas a las «Sagradas Escrituras».

Por tanto, lo que está en tela de juicio detrás del testimonio mismo es el valor mismo del hombre que testimonia, el valor de la cadena de transmisión a la que se relaciona, la fidelidad de la memoria individual y colectiva y el precio de la verdad en una sociedad dada. En una palabra, el vínculo del hombre con la Palabra.

Ahora bien, en las sociedades orales no sólo está más desarrollada la función de la memoria, sino que este vínculo entre el hombre y la Palabra es el más fuerte. Donde no existe la escritura, el hombre está vinculado a su palabra. Está comprometido por ella. Es su palabra y su palabra testimonia lo que es. La cohesión misma de la sociedad se basa en el valor y el respeto de la palabra. Por el contrario, a medida que la invasión de lo escrito se desarrolla, se va que poco a poco sustituyendo la palabra, y esta se convierte en la única prueba y el único recurso, y la firma se convierte en el único compromiso reconocido, mientras que el vínculo sagrado profundo que unía al hombre con la palabra se deshace progresivamente en favor de los títulos universitarios convencionales.

Además de un valor moral fundamental, la palabra reviste, en las tradiciones africanas - al menos las que conozco y que conciernen a toda la zona de sabana al sur del Sáhara - un carácter sagrado vinculado a su origen divino y a las fuerzas ocultas depositadas en ella. Agente mágico por excelencia y gran vector de las «fuerzas etéricas», se la manejaba con prudencia.

Numerosos factores, religiosos, mágicos o sociales, contribuían, pues, a preservar la fidelidad de la transmisión oral.

Nos ha parecido necesario presentar a continuación un breve estudio para situar mejor la tradición oral africana en su contexto y para iluminarla, en cierto modo, desde el interior.

Si se preguntara a un verdadero tradicionalista africano «¿Qué es la tradición oral?», sin duda la se sonrojaría mucho. Quizás responda, después de un largo silencio: «Es el conocimiento total» y no diría más.

¿Qué recubre entonces el término tradición oral? ¿Qué realidades vehiculiza, qué conocimientos transmite, qué ciencias enseña y cuáles son sus transmisores?

Contrariamente a lo que algunos podrían pensar, la tradición oral africana no se limita, en efecto, a cuentos y leyendas o incluso a relatos míticos o históricos, y los «griots» están lejos de ser los únicos conservadores y voceros cualificados.

La tradición oral es la gran escuela de la vida, que abarca y concierne a todos los aspectos. Puede parecer caos a quien no lo penetra y confundir al espíritu cartesiano acostumbrado a separarlo todo en categorías bien definidas. En efecto, en ella no están disociados lo espiritual y lo material. Pasando de lo esotérico a lo exotérico, la tradición oral sabe ponerse al alcance de los hombres, hablarles según su entendimiento y desarrollarse en función de sus aptitudes. Es a la vez religión, conocimiento, ciencia de la naturaleza, iniciación de oficio, historia, entretenimiento y recreación, cualquier aspecto del detalle siempre puede permitir el acceso a la Unidad primordial.

Fundada en la iniciación y la experiencia, compromete al hombre en su totalidad y, como tal, se puede decir que ha contribuido a crear un tipo particular de hombre, a esculpir el alma africana.

Vinculada al comportamiento cotidiano del hombre y de la comunidad, la «cultura» africana no es, pues, una materia abstracta que se pueda aislar de la vida. Implica una visión particular del mundo, o más bien una presencia particular al mundo, concebida como un Todo donde todo está conectado e interactuando.

La tradición oral se fundamenta en una cierta concepción del hombre, de su lugar y de su papel en el seno del universo. Para situarla mejor en su contexto global, nos parece entonces que antes de estudiarla en sus diversos aspectos, debemos remontarnos al misterio mismo de la creación del hombre y de la instauración primordial de la Palabra, tal como que lo enseña y de la cual emana.

### Origen divino de la palabra

No pudiendo hablar válidamente de las tradiciones que no he vivido ni estudiado personalmente -en particular las relativas a los países de la selva- tomaré mis ejemplos básicos de las tradiciones de la Sabana al sur del Sahara (lo que antiguamente se llamaba los Bafour y que constituían las zonas de sabana del antiguo África occidental francesa).

La tradición Bambara de Komo<sup>2</sup> enseña que la Palabra, Kuma, es una fuerza fundamental y que emana del mismo Ser Supremo, Maa Ngala, creador de todas las cosas. Ella es

<sup>2</sup> Una de las grandes escuela de iniciación del Mandè (Mali).

el instrumento de la creación: “¡Lo que dice Maa Ngala, es!” proclama el cantor del dios Komo.

El mito de la creación del universo y del hombre, enseñado por el Maestro iniciador del Komo (tradicionalmente un herrero) a los jóvenes circuncisos, nos revela que Maa Ngala, al sentir la necesidad de un interlocutor, crea al Primer hombre: Maa.

En el pasado, el Génesis se enseñaba durante el retiro de sesenta y tres días impuesto a los circuncidados en su vigésimo primer año.

En el pasado, el Génesis se enseñaba durante el retiro de sesenta y tres días impuesto a los circuncidados en su vigésimo primer año, y luego se tardaba veintiún años en estudiarlo en profundidad.

Al borde del bosque sagrado, hogar de los Komo, el primer circuncidado entonaba las siguientes palabras:

“¡Maa Ngala! ¡Maa Ngala!

¿Quién es Maa Ngala?

¿Dónde está Maa Ngala? »

El cantor de Komo respondía:

“Maa Ngala es la Fuerza infinita

Nadie puede localizarlo en el tiempo ni en el espacio.

Él es Dombali (incognoscible)

Dambali (increado-infinito) »

Luego, después de la iniciación, comenzaría historia del génesis primordial:

“No había nada, excepto un Ser.

Este Ser era un Vacío viviente,

potencialmente incubando existencias contingentes.

El Tiempo infinito era la morada de este Ser -Uno.

El Ser-Uno se dio a sí mismo el nombre de Maa Ngala.

Entonces creó “Fan”,

Un huevo maravilloso con nueve divisiones,

e introdujo los nueve estados fundamentales

de la existencia

“Cuando este Huevo primordial llegó a eclosionar, dio a luz a veinte seres fabulosos que constituyeron la totalidad del universo, la totalidad de las fuerzas existentes del conocimiento posible.

“ Pero desafortunadamente ! ninguna de estas primeras veinte criaturas demostró ser apta para convertirse en el *interlocutor* (Kuma-nyon) que Maa Ngala había deseado para sí mismo.

“Así que tomó una partícula de cada una de las veinte criaturas existentes, las mezcló y luego, soplando en esta mezcla una chispa de su propio aliento ígneo,

creó un nuevo Ser, el Hombre, a quien le dio parte de su propio nombre: Maa . De modo que este nuevo ser contenía, en virtud de su nombre y de la chispa divina introducida en él, algo del propio Maa Ngala. »

Síntesis de todo lo que existe, receptáculo por excelencia de la Fuerza Suprema al mismo tiempo que confluye de todas las fuerzas existentes, Maa, el Hombre, recibió en herencia una porción del poder creador divino, el don del Espíritu y la Palabra.

Maa Ngala enseñó a Maa, su interlocutor, las leyes según las cuales todos los elementos del cosmos fueron formados y siguen existiendo. Él lo nombró guardián de su Universo y le encargó velar por el mantenimiento de la Armonía universal. Por eso es muy duro ser Maa.

Iniciado por su creador, Maa transmitió más tarde a su descendencia la suma total de sus conocimientos, y fue el comienzo de la gran cadena de transmisión oral iniciática cuya orden del Komo (como los de Malí, Nama, Koré, etc.) quiere ser uno de los continuadores.

Cuando Maa Ngala creó a su interlocutor Maa, le habló y, al mismo tiempo, le dotó de la facultad de responder. Se entabló un diálogo entre Maa Ngala, creador de todas las cosas, y Maa, simbiosis de todas las cosas.

Al descender de Maa Ngala hacia el hombre, las palabras eran divinas porque aún no habían entrado en contacto con la materialidad. Después de su contacto con la corporeidad, perdieron un poco de su divinidad, pero se cargaron de la sacralidad. Así sacralizada por la Palabra divina, la corporeidad emitió a su vez vibraciones sagradas que establecieron la relación con Maa Ngala.

La tradición africana concibe la palabra como un don de Dios. Es a la vez divina en el sentido descendente y sagrada en el sentido ascendente.

### **La palabra en el hombre en tanto que poder creador**

Maa Ngala enseña y deposita en Maa las tres potencialidades del poder, del querer y del saber, contenidas en los veinte elementos de los que fue compuesto. Pero todas estas fuerzas, de las que es heredero, reposan en él como fuerzas mudas. Están en un estado estático antes de que la palabra las ponga en movimiento. Gracias a la vivificación de la palabra divina, estas fuerzas comienzan a vibrar. En una primera etapa se convierten en pensamiento, en una segunda, en sonido y, en una tercera, en palabra. La palabra es entonces es la materialización o la exteriorización de las vibraciones de las fuerzas.

Sin embargo, hay que señalar que, a este nivel, los términos «palabra» o «escucha» abarcan realidades mucho más amplias que las que normalmente les atribuimos. En efecto, se dice: «La palabra de Maa Ngala se ve, se oye, se siente, se prueba, se toca. » Es una percepción total, un conocimiento donde todo el ser está comprometido.

Del mismo modo, al ser la palabra la exteriorización de las vibraciones de las fuerzas, toda manifestación de una fuerza, en cualquier forma, será considerada su palabra. Por eso todo habla en el universo, todo es palabra manifestada en el cuer-

po y en la forma.

En fulfulde<sup>3</sup>, la palabra «palabra» (Haala) proviene de la raíz verbal hal, cuya idea es «dar fuerza» y, por extensión, «materializar». La tradición enseña que Guéno, el Ser Supremo, le dio fuerza a Kiikala, el primer hombre, al hablarle. «Luego de haber hablado con Dios fue cuando se dio fuerza a Kiikala», dicen los Silatigi (o Maestros iniciados peul).

Si la palabra es fuerza, es porque ella crea un lugar de vaivén (yaawarta en peul), generador de movimiento y de ritmo, por lo tanto de vida y de acción. Ese vaivén es simbolizado por los pies del tejedor que sube y desciende, como los veremos luego en ocasión de los oficios tradicionales. (El simbolismo del oficio de tejer es en efecto fundado sobre la palabra creadora de acción).

A imagen de la palabra de Maa Ngala, de la que es eco, la palabra humana pone en movimiento las fuerzas latentes, las impulsa y las suscita, como cuando un hombre se levanta o se responde a la llamada de su nombre.

La palabra puede crear paz, pero también puede destruir. Es como el fuego. Una palabra equivocada puede desencadenar una guerra, como un tizòn puede provocar un gran incendio. El adagio maliense declara: ¿Qué es lo que pone una cosa en estado (es decir, lo arregla, lo dispone favorablemente)? Es la palabra. ¿Qué es lo que deteriora una cosa? Es la palabra. ¿Qué mantiene una cosa en su estado? Es la palabra. »

Por lo tanto, la tradición le da a Kuma, la Palabra, no solo un poder creativo, sino una doble función de conservación y destrucción. Por eso es, por excelencia, el gran agente activo de la magia africana.

### La palabra, agente activo de la magia

Hay que tener en mente que, en general, todas las tradiciones africanas postulan una visión religiosa del mundo. El universo visible es concebido y percibido como el signo, la concreción o la corteza de un universo invisible y vivo constituido por fuerzas en perpetuo movimiento. En el seno de esta vasta unidad cósmica, todo está unido, todo es solidario, y el comportamiento del hombre tanto hacia sí mismo como hacia el mundo que lo rodea (mundo mineral, vegetal, animal, y sociedad humana) será objeto de una reglamentación ritual muy precisa - que puede variar en su forma según las etnias o las regiones.

La violación de las leyes sagradas supone una perturbación del equilibrio de fuerzas, lo que daría lugar a diversos trastornos. Por eso, la acción mágica, es decir, la manipulación de las fuerzas, tiende en general a restaurar el equilibrio perturbado, a restablecer la armonía de la que el Hombre, como hemos visto anteriormente, fue nombrado guardián por su Creador.

La palabra «magia» se usa siempre de forma equivocada en Europa, mientras que en África se refiere únicamente al manejo de las fuerzas, algo neutro en sí mismo y que puede resultar útil o perjudicial según la dirección que se le dé. Dice: «Ni la magia ni la fortuna son malas en sí mismas. Es su uso lo que las hace buenas o malas. »

La buena magia, la de los iniciados y de los «maestros conocedores», tiende a purificar hombres, bestias y objetos para poner en orden las fuerzas. Aquí es donde la fuerza de la palabra es decisiva.

En efecto, así como la palabra divina de Maa Ngala vino a animar las fuerzas cósmicas que descansaban, estáticas, en Maa, así la palabra del hombre viene a animar, poner en movimiento y suscitar las fuerzas que permanecen estáticas en las cosas. Pero para que la palabra produzca su pleno efecto, es necesario que sea cantada rítmicamente, porque el movimiento tienen necesidad de ritmo, fundado en los secretos de los nombres. La palabra tiene que reproducir el vaivén que es la esencia del ritmo.

En los cantos rituales y las fórmulas encantatorias, la palabra es entonces la materialización de la cadencia. Y si se la considera capaz de actuar sobre los espíritus, es porque su armonía crea movimientos, movimientos que engendran fuerzas, fuerzas que actúan sobre los espíritus que son ellos mismos los poderes de la acción.

Sacando de lo sagrado su poder creativo y operativo, la palabra, según la tradición africana, está directamente relacionada, bien con el mantenimiento, bien con la ruptura de la armonía, en el hombre y en el mundo que lo rodea.

Por ello, la mayoría de las sociedades orales tradicionales consideran la mentira como una verdadera lepra moral. En el África tradicional, quien falta a su palabra mata a su persona civil, religiosa y oculta. Se separa de sí mismo y de la sociedad. Su muerte es preferible a su supervivencia, tanto para él como para los suyos.

El cantor del Komo Dibi, de Koulikoro, en Malí, cantó en uno de sus poemas rituales:

La palabra es divinamente exacta, conviene ser exacta con ella». «La lengua que falsea la palabra vicia la sangre de quién miente.

La sangre simboliza aquí la fuerza vital interior, cuya armonía es perturbada por la mentira. «El que estropea su palabra se estropea a sí mismo», dice el adagio. Cuando se piensa una cosa y se dice otra, se corta de sí mismo. Se rompe la unidad sagrada, reflejo de la unidad cósmica, creando así la desarmonía en sí misma y en torno a sí misma.

Por tanto, se comprenderá mejor en qué contexto mágico-religioso y social se sitúa el respeto de la palabra en las sociedades de tradición oral, y especialmente cuando se trata de transmitir las palabras heredadas de los antepasados o de los ancianos. Lo que más valora el África tradicional es todo lo que ha heredado de sus ancestros. Las expresiones: «Lo he sacado de mi Maestro», «Lo he sacado de mi padre», «Lo he chupado de la ubre de mi madre», expresan su apego religioso al patrimonio transmitido.

### Los tradicionalistas

Los grandes depositarios de esta herencia oral son los llamados «tradicionalistas». Memoria viva de África, son los mejores testigos ¿Quiénes son estos maestros?

En bambara, se les llama Doma, o Soma, los «Conocedores», o Donikéba «hacedores de conocimiento». En peul,

<sup>3</sup> Idioma llamado también llamado peul, fulani, pulaar. N.T.

según las regiones, se les llama Silatigi, Gando o Tchiorinké, palabras con el mismo sentido de «conocedor».

Pueden ser Maestros iniciados (e iniciadores) de una rama tradicional particular (iniciaciones del herrero, tejedor, cazador, pescador, etc.) o poseer el conocimiento total de la tradición en todos sus aspectos. Existen así Doma que conocen la ciencia de los herreros, de los pastores, de los tejedores, así como también las grandes escuelas iniciáticas de la sabana, como, por ejemplo, en Mali, el Komo, el Koré, el Nama, le Dô, el Diarrawara, le Nya, el Nyaworolé, etc.

Pero no nos equivoquemos: la tradición africana no corta la vida en rodajas y el Conocedor rara vez es un «especialista». Muy a menudo es un «generalista». El mismo anciano, por ejemplo, tendrá conocimientos tanto en ciencia de las plantas (conocimiento de las propiedades buenas o malas de cada planta) como en «ciencia de las tierras» (propiedades agrícolas o medicinales de los diferentes tipos de tierra), en «ciencia de las aguas», en astronomía, cosmogonía, psicología, etc. Se trata de una ciencia de la vida cuyos conocimientos pueden dar siempre lugar a usos prácticos. Y cuando hablamos de ciencias «iniciáticas» u «ocultas», términos que pueden confundir al lector racionalista, se trata siempre, para el África tradicional, de una ciencia eminentemente práctica consistente en saber entrar en relación adecuada con las fuerzas que subyacen y tienden al mundo visible, que pueden ponerse al servicio de la vida.

Conservador de los secretos del Génesis cósmico y de las ciencias de la vida, el tradicionalista, dotado en general de una memoria prodigiosa, es también el archivero de los acontecimientos pasados transmitidos por la tradición, o de los acontecimientos contemporáneos.

Una historia que se pretenda esencialmente africana deberá pues necesariamente apoyarse en el testimonio insustituible de los africanos cualificados. «No se peina a una persona en su ausencia», dice el adagio.

Los grandes Doma, aquellos cuyo conocimiento es total, son conocidos y venerados, y desde lejos se recurre a su saber y a su sabiduría.

*Ardo Dembo*, que me introdujo en el mundo peul, era un *Doma* peul (un Silatigi). Falleció.

Por el contrario, Ali Essa, otro Silatigi peul, sigue vivo.

*Danfo Siné*, que frecuentaba la casa de mi padre cuando era niño, era un *Doma* casi universal. No solo era un gran Maestro iniciado del Komo, sino que poseía todos los demás conocimientos (históricos, iniciáticos o relacionados con las ciencias de la naturaleza) de su tiempo. Todo el mundo lo conocía en los países que se extienden entre Sikasso y Bamako, es decir, entre los antiguos reinos de Kéné Dougou y de Bélédougou.

*Latif*, su hijo menor, que había seguido las mismas iniciaciones que él, era también un gran *Doma*. Además, tenía la ventaja de ser letrado en árabe y de haber hecho el servicio militar (en las fuerzas francesas) en el Chad, lo que le permitió reunir en la sabana chadiana una multitud de conocimientos que resultaron ser análogos a los enseñados en Malí.

*Iwa*, perteneciente a la casta de los griots, es uno de los más grandes tradicionalistas de Mandé que viven actualmente en Malí, al igual que *Banzoumana*, el gran músico ciego.

Precisemos desde ahora que un griot no es necesariamente un tradicionalista «conocedor», pero que puede serlo si sus aptitudes se prestan. No podrá no obstante tener acceso a la iniciación del Komo de donde están excluidos los griots<sup>4</sup>.

De manera general, los tradicionalistas fueron apartados, si no perseguidos, por la potencia colonial que se esforzaba, por supuesto, por desarraigar las tradiciones locales con el fin de sembrar sus propias ideas porque, según se dice, «no se siembra ni en un campo plantado ni en un barbecho». Por eso la iniciación se refugió con mayor frecuencia en el monte y abandonó las grandes ciudades, llamadas *Tubabudugu*<sup>5</sup> «ciudades de blancos» (entiéndase colonizadores).

Sin embargo, en los diferentes países de la sabana africana que constituyen el antiguo Bafour - y sin duda también en otros lugares - existen todavía «Conocedores» que siguen transmitiendo el tesoro sagrado a quienes acepten aprender y escuchar y se muestran dignos de recibir su enseñanza por su paciencia y discreción, reglas básicas exigidas por los dioses...

En el plazo de diez o quince años, todos los últimos grandes *Doma*, todos los últimos ancianos herederos de las diversas ramas de la Tradición, probablemente habrán desaparecido. Si no nos apresuramos a recoger sus testimonios y su enseñanza, es todo el patrimonio cultural y espiritual de un pueblo que caerá con ellos en el olvido, abandonando a sí misma una juventud sin raíces.

### Autenticidad de la transmisión

Más que cualquier otro hombre, los tradicionalistas-doma, grandes o pequeños, están obligados a respetar la verdad. La mentira, para ellos, no es solo una tara moral, sino una prohibición ritual cuya violación les impediría cumplir su función.

Un mentiroso no puede ser un iniciador, ni un «Maestro del cuchillo», y menos aún un *doma*. Por otra parte, si resultara por extraordinario que un tradicionalista *doma* llegase a mentir, nadie se referiría a él en ningún ámbito y su función desaparecería al mismo tiempo.

En general, la tradición africana aborrece la mentira. Se dice: «Ten cuidado de no separarte de ti mismo. Más vale que el mundo esté apartado de ti que tú de ti mismo.» Pero la prohibición ritual de la mentira afecta más particularmente a todos los «oficiantes» (o sacerdotes, o maestros del cuchillo...,<sup>6</sup>) en todos los grados, comenzando por el padre de familia que es el sacerdote u oficiante de su familia, pasando por el herrero, el tejedor o artesano tradicional - el ejercicio del oficio es una actividad sagrada, como veremos más adelante. La prohibición afecta a todos aquellos que, teniendo que ejercer una responsabilidad mágico religiosa y realizar actos rituales, son en cierto modo los intermediarios entre el común de los mortales y las fuerzas tutelares con, en la cima, el oficiante sagrado del país (por ejemplo, el Hognon, entre los

<sup>4</sup> Sobre los griots, ver luego.

<sup>5</sup> Pronunciar Toubabou-dougou

<sup>6</sup> Todas las ceremonias rituales no comportan necesariamente el sacrificio de un animal. El «sacrificio» puede consistir en una ofrenda, de mijo, de leche u otro producto natural.

Dogon) y, eventualmente, el rey.

La prohibición de la mentira se basa en el hecho de que si un oficiante mintiera, viciaría los actos rituales. Ya no cumpliría todos los requisitos rituales necesarios para realizar el acto consagrado, siendo la condición esencial ser uno mismo en armonía antes de manipular las fuerzas de la vida. Recordemos, en efecto, que todos los sistemas africanos de magia religiosa tienden a preservar o restablecer el equilibrio de fuerzas, del que depende la armonía del mundo circundante, material y espiritual.

Los *doma* están, más que ningún otro, obligados a esta obligación porque, como Maestros Iniciados, son los *grandes poseedores de la Palabra*, principal agente activo de la vida humana y de los espíritus. Son herederos de las palabras sagradas y encantadas transmitidas por la cadena de los ancestros, y que se remontan a las primeras vibraciones sagradas emitidas por Maa, el primer hombre.

Si el tradicionalista *doma* es dueño de la Palabra, los otros hombres son los depositarios de la conversación...

Citaré el caso de un Maestro del cuchillo Dogon, del país de Pignari (círculo de Bandiagara) que conocí en mi juventud y que un día fue obligado a mentir para salvar la vida de una mujer perseguida que había escondido en su casa. Después de este acontecimiento, se retiró espontáneamente de su cargo, estimando que ya no reunía las condiciones rituales para asumirlo válidamente.

Cuando se trata de las cosas religiosas y sagradas, los grandes maestros tradicionales no temen la opinión desfavorable de las masas y, si llegan a equivocarse, reconocerán públicamente su error, sin excusas calculadas ni falsas evasivas. Confesar sus posibles faltas es para ellos una obligación, porque es una purificación de la falta.

Si el tradicionalista o conocedor es tan respetado en África es porque se respeta a sí mismo primero. Interiormente en orden, ya que nunca debe mentir, es un hombre «bien regulado», maestro de las fuerzas que lo habitan. A su alrededor las cosas se ordenan y los problemas se calman.

Independientemente de la prohibición de mentir, practica la disciplina de la palabra y no la distribuye desconsideradamente. Porque si la palabra, como hemos visto antes, se considera la exteriorización de la vibración de las fuerzas interiores, por el contrario, la fuerza interior nace de la interiorización de la palabra.

Desde esta perspectiva, se comprenderá mejor la importancia que la educación tradicional africana otorga al autocontrol. Hablar poco es el signo de una buena educación y el signo de la nobleza. El joven aprenderá muy pronto a dominar la expresión de sus emociones o de su sufrimiento, a contener las fuerzas que hay en él, a imagen del Maa primordial que contenía en sí mismo, sumisas y ordenadas, las fuerzas del cosmos.

Del Conocedor respetado o del hombre dueño de sí mismo se dirá: «Es un Maa» (o un Neddo, en peul), es decir, un hombre completo.

No hay que confundir a los tradicionalistas-*doma*, que saben enseñar divirtiéndose y poniéndose al alcance de su audiencia, con los trovadores, narradores y animadores pú-

blicos que son en general de la casta de los *Diéli* (griots) o de los Woloso («cautivos de cabaña»)<sup>7</sup>. La disciplina de la verdad no existe para estos últimos y la tradición les reconoce el derecho de disfrazarla o embellecerla, aunque sea groseramente, siempre que logren distraer o interesar a su público, como veremos más adelante. «Se dice que el griot puede tener dos lenguas.»

Por el contrario, a ningún africano de formación tradicional se le ocurriría cuestionar la veracidad de las palabras de un tradicionalista-*doma*, especialmente cuando se trata de transmitir conocimientos heredados de la cadena de los antepasados.

Antes de hablar, el *doma* se dirige, por deferencia, a las almas de los ancianos para pedirles que vengan a asistirlo para que la lengua no le hiera o que se produzca un fallo de memoria que le haga omitir algo.

*Danfo Siné*, el gran *doma* bambara que conocí en mi infancia en Bougouni y que era Cantor de Komo, decía, antes de comenzar un relato o una enseñanza:

¡Oh Alma de mi Maestro Tiemablen Samaké!

O Ames de los viejos herreros y tejedores,

¡Los primeros antepasados del Este!

O Jigi, gran carnero que el primer sople

en el cuerno de llamada del Komo,

llegado en el Jeliba (Níger)!

Vengan todos a escucharme.

Me voy, como tú me lo encomiendas,

a contarle a mi público

cómo fueron las cosas,

de tu pasado en nuestro presente

para que esto se conserve

y fielmente se transmita

a los hombres de mañana

que serán nuestros hijos

y los hijos de nuestros hijos.

¡Sujetad bien (Oh Ancestros) las riendas de mi lengua!

Guíen la salida de mis palabras,

para que sigan y respeten

su orden natural.»

Y luego añadía lo siguiente:

Yo, Danfo Siné, del clan de Samaké (elefante macho),

<sup>7</sup> Los Woloso (literalmente «nacidos en la casa») o «cautivos de choza» eran sirvientes o familias de servidores unidos desde generaciones a una misma familia. La tradición les reconocía una libertad total de gestos o de palabras, así como grandes derechos materiales sobre los bienes de sus maestros.

lo voy a contar como lo aprendí, ante mis dos testigos Makoro y Manifin<sup>8</sup>.

“Ambos conocen la trama,<sup>9</sup> como yo. Me servirán a la vez de supervisores y de seres. »

Si el contador comete un error o tiene un fallo, su testigo lo repite: «¡Hombre! Vaya manera de abrir tu boca. » A lo que respondía: «Perdón, fue mi lengua fogosa la que me traicionó.

Un tradicionalista- doma no herrero de nacimiento pero que conozca las ciencias relativas a la forja, por ejemplo, dirá, antes de hablar de ello: “Esto se lo debo a Fulano de Tal, quien se lo debe a Fulano de Tal, etc. » Rendirá homenaje al antepasado de los herreros poniéndose de pie, en señal de lealtad, en cuclillas con la punta del codo derecho apoyada en el suelo, con el antebrazo levantado.

El *doma* también puede citar a su maestro y decir: «Rindo homenaje a todos los intermediarios hasta *Nunfayri...* »<sup>10</sup> sin tener que dar nombres.

Siempre hay una referencia a la cadena de la que el propio *doma* es solo un eslabón.

En todas las ramas del conocimiento tradicional, la cadena de transmisión tiene una importancia primordial. Si no hay transmisión regular, no hay «magia», sino solamente charla o cuento. Entonces la palabra es inoperante. La palabra transmitida por la cadena debe transmitir, desde la transmisión original, una fuerza que la haga operante y sacramental.

Es esta noción de «respeto de la cadena» o de «respeto de la transmisión» la que hace que, en general, el africano no aculturado tienda a contar un relato en la misma forma en que lo habrá escuchado, ayudado en esto por la memoria prodigiosa de los analfabetos. Si se le contradice, se contentará con responder: «¡Tal como me lo han enseñado ! », citando siempre su fuente.

Aparte del valor moral propio de los tradicionalistas-doma y de su vinculación a una «cadena de transmisión», se proporciona una garantía de autenticidad suplementaria mediante el control permanente de sus pares o de los ancianos que los rodean, que velan celosamente por la autenticidad de lo que transmiten y lo recuperan al menor error, como hemos visto con el ejemplo de *Danfó Siné*.

Durante sus salidas rituales a la selva, el cantor del Komo puede añadir sus propias meditaciones o inspiraciones a las palabras tradicionales que ha heredado de la «cadena» y que canta para sus compañeros. Sus palabras, nuevos eslabones, vienen a enriquecer las de sus predecesores, pero advierte: Esta es mi adición, este es mi decir. No soy infalible, puedo equivocarme. Si me equivoco, recuerde que, como tú, vivo de un puñado de mijo, de un sorbo de agua y de una bocanada de aire. ¡El hombre no es infalible!

Los iniciados y los neófitos que lo acompañan aprenden estas nuevas palabras, de tal manera que todos los cantos del Komo son conocidos y conservados en las memorias.

<sup>8</sup> Makoro y Manifin eran sus dos discípulos.

<sup>9</sup> Un relato tradicional posee siempre una trama, o una base inmutable que nunca debe ser modificada, sino a partir de la cual se pueden bordar desarrollos o adornos, según su inspiración o la atención del auditorio.

<sup>10</sup> Ancestros de los herreros.

El grado de evolución del adepto del Komo se mide no por la cantidad de palabras aprendidas, sino por la conformidad de su vida a estas palabras. Si un hombre posee solamente diez o quince palabras del Komo y las vive, entonces él se convierte en un adepto válido del Komo dentro de la asociación. Para ser cantor del Komo, por lo tanto Maestro-iniciado, hay que conocer la totalidad de las palabras heredadas, y vivirlas.

La enseñanza tradicional, sobre todo cuando se trata de conocimientos relacionados con una iniciación, está vinculada a la experiencia e integrada en la vida. Por ello, el investigador, europeo o africano, deseoso de acercarse a los hechos religiosos africanos, se condenará a permanecer en el borde del tema si no acepta vivir la iniciación correspondiente y aceptar sus reglas, lo que presupone, como mínimo, el conocimiento de la lengua. En efecto, hay cosas que no se «explican» sino que se experimentan y se viven.

Recuerdo que en 1928, mientras estaba de servicio en Tougan, un joven etnólogo llegó al país para hacer una investigación sobre la gallina sacrificial con motivo de la circuncisión. El comandante francés se dirigió al jefe del cantón indígena pidiendo a este último que hiciera todo lo posible para que el etnólogo obtuviera satisfacción, e insistiendo en «que se le diga todo».

A su vez, el jefe de cantón reunió a los notables. Les expuso los hechos repitiéndoles las palabras del comandante.

El decano de la asamblea, que era el Maestro del cuchillo del lugar, responsable de las ceremonias de la circuncisión y de la correspondiente iniciación, preguntó:

¿Quiere que le digamos todo?

- Sí, respondió el jefe de cantón.

- ¿Pero ha venido a circuncidarse?

- No, ha venido a informarse. »

El decano apartó la cara al jefe.

¿Cómo decirle todo -dijo-, si no quiere ser circuncidado? Sabe bien que no es posible. Tiene que vivir la vida de los circuncidados para que podamos enseñarle todas las lecciones.

- Ya que estamos obligados a dar satisfacción a la fuerza -replicó el jefe de cantón-, depende de ustedes encontrar la manera de sacarnos de este problema.

- ¡Muy bien! -exclamó el anciano. Lo rechazaremos sin que aparezca gracias a la fórmula de “poner en la paja”. »

Este procedimiento de «poner en la paja», que consiste en proporcionar a alguien una invención improvisada cuando no se le puede decir la verdad, fue inventado en el momento en que la autoridad colonial envió a sus agentes o representantes para hacer investigaciones etnológicas sin aceptar vivir las condiciones requeridas. Muchos etnólogos fueron más tarde víctimas inconscientes... Sin llegar tan lejos, muchos de ellos se imaginaron haber comprendido todo de una cosa, cuando no la habían vivido, no podían conocerla realmente.

Aparte de la enseñanza esotérica impartida en las grandes escuelas iniciáticas - como el Komo o las citadas anterior-

mente - la enseñanza tradicional comienza, de hecho, en cada familia donde el padre, la madre o los ancianos son a la vez maestros y educadores y constituyen la primera célula de tradicionalistas. Son ellos quienes imparten las primeras lecciones de la vida, no sólo mediante la experiencia, sino mediante cuentos, fábulas, leyendas, máximas, adagio, etc. Los proverbios son las misivas legadas por los antepasados a la posteridad. Los hay infinitos.

Algunos juegos infantiles han sido elaborados por iniciados con el fin de transmitir, a través de las edades, ciertos conocimientos esotéricos «cifrados». Por ejemplo, el juego del *Banangolo*, en Malí, basado en un sistema numérico relacionado con los 266 *siqiba*, o signos, que corresponden a los atributos de Dios.

Además, la enseñanza no es sistemática, sino vinculada a las circunstancias de la vida. Esta forma de proceder puede parecer caótica, pero de hecho es práctica y muy viva. La lección dada con ocasión de un acontecimiento o de una experiencia se graba profundamente en la memoria del niño.

Durante un paseo por el monte, el encuentro de un hormiguero dará al viejo maestro la ocasión de dispensar conocimientos variados, en función de la naturaleza de su auditorio. O hablará del animal mismo, de las leyes que rigen su vida y de la «clase de ser» a la que pertenece, o dará una lección de moral a los niños mostrándoles cómo la vida de la colectividad se basa en la solidaridad y el olvido de sí mismo, O, si siente que su audiencia puede acceder a ellos, obtendrá un mayor conocimiento. Así, cada incidente de la vida, cada pequeño acontecimiento puede dar siempre la ocasión de múltiples desarrollos, de contar un mito, un cuento, una leyenda. Cada fenómeno encontrado puede permitir remontarse hasta las fuerzas de las que procede y evocar los misterios de la unidad de la Vida, toda animada por la *Sé*, Fuerza sagrada primordial, ella misma aspecto del Dios Creador.

En África, todo es «historia». La gran Historia de la vida comprende la Historia de las Tierras y de las Aguas (la geografía), la Historia de los vegetales (la botánica y la farmacopea), la Historia de los «Hijos del seno de la Tierra» (la mineralogía, los metales), la Historia de los astros (astronomía, astrología), Historia del agua, etc.

En la tradición de la sabana, y especialmente en las tradiciones bambara y peul, el conjunto de las manifestaciones de la vida en la tierra se divide en tres categorías, o «clases de seres», subdivididas en tres grupos:

— En la parte inferior de la escala, los seres inanimados, llamados «mudos», cuyo lenguaje se considera oculto, incomprensible o inaudible para el común de los mortales. Esta clase de seres contiene todo lo que descansa en la superficie de la tierra (arena, agua, etc.) o reside en su interior (minerales, metales, etc.).

Entre los inanimados mudos se encuentran los inanimados sólidos, líquidos y gaseosos (literalmente «humeantes»).

— En el grado medio, los «animados inmóviles», seres vivos pero que no se mueven. Es la clase de las plantas, que pueden extenderse o desplegarse en el espacio pero cuyo pie no puede moverse.

Entre los animados inmóviles se encuentran los vegetales

rastreros, trepadores y verticales, estos últimos constituyendo la clase superior.

- Finalmente, los «animados móviles», incluyen todos los animales, hasta el hombre.

Los animados móviles incluyen animales terrestres (incluyendo animales sin huesos y con huesos), animales acuáticos y animales voladores.

Por lo tanto, cualquier cosa existente puede estar relacionada con una de estas categorías<sup>11</sup>.

Entre todas las «Historias», la más grande y más significativa es la del Hombre mismo, simbiosis de todas las «Historias» ya que, según el mito, se compuso de una parcela de todo lo que existió antes de él. Todos los reinos de la vida se encuentran en él (mineral, vegetal y animal), combinados con fuerzas múltiples y facultades superiores. Sus enseñanzas se basarán en los mitos de la cosmogonía, determinando su lugar y su papel en el universo, y revelarán su relación con el mundo de los vivos y los muertos. Se explicará el simbolismo de su cuerpo como la complejidad de su psique: «Las personas de la persona son numerosas en la persona», dicen las tradiciones bambara y peul. Se enseñará cuál debe ser su comportamiento con respecto a la naturaleza, cómo respetar su equilibrio y no perturbar las fuerzas que la animan y de las que sólo es la apariencia visible. La iniciación le hará descubrir su relación con el mundo de las fuerzas y lo llevará poco a poco hacia el dominio de sí, la finalidad restante de convertirse, como Maa, en un «hombre completo», interlocutor de *Maa Ngala* y guardián del mundo vivo.

### Los oficios tradicionales

Los oficios artesanales tradicionales son grandes vectores de la tradición oral.

En la sociedad tradicional africana, las actividades humanas comportan a menudo con frecuencia un carácter sagrado u oculto, y en particular las que consisten en actuar sobre la materia y transformarla, ya que cada cosa se consideraba viva.

Cada función artesanal se relacionaba con un conocimiento esotérico transmitido de generación en generación y que tiene su origen en una revelación inicial. La obra del artesano es sagrada porque «imita» la obra de *Maa Ngala* y completaba su creación. La tradición bambara enseña, en efecto, que la creación no está terminada y que *Maa Ngala*, al crear nuestra tierra, ha dejado cosas inacabadas para que *Maa*, su Interlocutor, las complete o las modifique con vistas a llevar la naturaleza hacia su perfección. La actividad artesanal, en su operación, estaba destinada a «repetir» el misterio de la creación. Por tanto, «focalizaba» una fuerza oculta que no se podía acercar sin respetar condiciones rituales particulares.

Los artesanos tradicionales acompañan su trabajo con cantos rituales o palabras rítmicas sacramentales, y sus gestos se consideran un lenguaje. En efecto, los gestos de cada oficio reproducen, en un simbolismo propio, el misterio de la creación primordial vinculada a la potencia de la Palabra, como se ha indicado anteriormente. Y la gente dice:

<sup>11</sup> Cfr. A Hampaté Bá, 1972, pp.23 ss.

El herrero forja la Palabra,  
el tejedor la teje,  
el zapatero la alisa puliéndola.

Tomemos el ejemplo del tejedor, cuyo oficio está vinculado al simbolismo de la Palabra creadora que se despliega en el tiempo y en el espacio.

El tejedor de casta (*Maabo*, entre los peules) es depositario de los secretos de las 33 piezas que componen la base fundamental del telar y de las cuales cada una tiene un sentido. La estructura, por ejemplo, está formada por 8 maderas principales: 4 maderas verticales que simbolizan no solo los cuatro elementos madre (tierra, agua, aire, fuego), sino los cuatro puntos cardinales, y 4 maderas transversales que simbolizan los cuatro puntos colaterales. El tejedor, situado en el centro, representa al hombre primordial, *Maa*, situado en el corazón de las ocho direcciones del espacio. Con su presencia se obtienen nueve elementos que recuerdan los nueve estados fundamentales de la existencia, las nueve clases de seres, las nueve aberturas del cuerpo (puertas de las fuerzas de la vida), las nueve categorías de hombres entre los peules, etc.

Antes de comenzar su trabajo, el tejedor debe tocar cada pieza del oficio pronunciando palabras o letanías correspondientes a las fuerzas de la vida que encarnan.

El vaivén de sus pies elevándose y bajando para accionar los pedales recuerda el ritmo original de la Palabra creadora, vinculado al dualismo de todo y a la ley de los ciclos. Se supone que sus pies obedecen lo que expresa el siguiente lenguaje:

¡Fonyonko! ¡Fonyonko! ¡Dualismo! ¡Dualismo!

Cuando uno sube, el otro baja.

Hay muerte del rey y coronación del príncipe,

muerte del abuelo y nacimiento del nieto,

disputas de divorcio mezcladas con los ruidos de fiesta de un matrimonio...

Por su parte, el transbordador afirma:

Soy la barca del destino.

Paso entre los arrecifes de los hilos de cadena que representan la Vida.

Del borde derecho paso al borde izquierdo

desviando mi intestino (el hilo)

para contribuir a la construcción.

De nuevo, desde el borde izquierdo paso al borde derecho desviando mi intestino.

La vida es un vaivén perpetuo,

una entrega permanente de sí.

La banda de tela que se acumula y se envuelve alrededor de un palo que descansa sobre el vientre del tejedor representa el pasado, mientras que el rollo de los hilos de tejer, sin

desplegar, simboliza el misterio del mañana, lo desconocido del devenir. El tejedor siempre dirá: «¡Oh, mañana! ¡No me reserves una desagradable sorpresa!»

En total, el trabajo del tejedor representa ocho movimientos de vaivén (por sus pies, sus brazos, la lanzadera y el cruce rítmico de los hilos de trama) que corresponden a los ocho palos y a las ocho patas de la mítica araña que enseñó su ciencia a los ancestros de los tejedores.

Los gestos del tejedor que accionan su oficio son la creación en acción; sus palabras que acompañan estos gestos, son el canto mismo de la Vida.

El herrero tradicional es el depositario del secreto de las transmutaciones. Es por excelencia el «Maestro del Fuego». Su origen es mítico y, en la tradición bambara, se llama «Primer Hijo de la Tierra». Sus conocimientos se remontan a *Maa*, el primer hombre, a quien su creador *Maa Ngala* enseñó, entre otros, los secretos de la «herrería». Por eso la forja se llama Fan, del mismo nombre que Fan, el huevo primordial del que salió todo el universo y que fue la primera forja sagrada.

Los elementos de la forja están ligados a un simbolismo sexual, que es la misma expresión, o el reflejo, de un proceso cósmico de creación.

Así, los dos fuelles redondos, accionados por el asistente del herrero, son asimilados a los dos testículos masculinos. El aire del que se llenan es la sustancia de vida enviada, a través de una especie de tobera que representa el falo, en el foco de la forja, que representa la matriz donde opera el fuego transformador.

El herrero tradicional no debe entrar en la fragua sino después de un baño ritual de purificación preparado con la decocción de ciertas hojas, cortezas o raíces de árboles, elegidas en función del día. En efecto, los vegetales (como los minerales y los animales) se dividen en siete clases que corresponden a los días de la semana y están vinculados por la ley de «correspondencia analógica»<sup>12</sup>. Luego el herrero se vestirá de una manera particular, no puede penetrar en la forja revestido de cualquier traje.

Cada mañana purificará la forja con fumigaciones especiales con base a plantas conocidas por él.

Terminadas estas operaciones, limpiado de todos los contactos que tuvo con el exterior, el herrero se encuentra en un estado sacramental. Vuelve a ser puro y asimilado al herrero primordial. Solo entonces, en imitación a *Maa Ngala*, puede «crear» modificando y dando forma a la materia. (El nombre del herrero en peul es baylo, palabra que significa literalmente «transformador».)

Antes de comenzar su trabajo, invoca los cuatro elementos madre de la creación (tierra, agua, aire, fuego) que están obligatoriamente representados en la forja. En efecto, siempre hay una marmita llena de agua, el fuego en el hogar de la fragua, el aire enviado por los fuelles y un pequeño montón de tierra al lado de la forja.

Durante su trabajo, el herrero pronuncia palabras espe-

<sup>12</sup> Sobre la ley de correspondencia analógica, Cfr. A. HAMPATE BA: Aspectos de la civilización africana, Présence africaine, 1972, pp. 120 ss.

ciales tocando cada herramienta. Tomando su yunque, que simboliza la receptividad femenina, dice: No soy Maa Ngala, soy el representante de Maa Ngala. Es él quien crea, y no yo». Luego toma agua o un huevo, y lo arroja al yunque diciendo: «He aquí tu dote.»

Toma su maso, que simboliza el falo, y da algunos golpes sobre el yunque para «sensibilizarlo». Una vez establecida la comunicación, puede empezar a trabajar.

El aprendiz no debe hacer preguntas. Solo debe mirar y soplar. Es la fase «muda» del aprendizaje. A medida que avanza en el conocimiento, soplará con ritmos cada vez más complejos, cada ritmo tendrá un significado. Durante la fase oral del aprendizaje, el Maestro transmitirá poco a poco todos sus conocimientos a su alumno, entrenándolo y corrigiéndolo hasta que adquiriera la maestría. Después de una «ceremonia de liberación», el nuevo herrero puede dejar a su amo e instalar su propia fragua. En general, el herrero envía a sus propios hijos a aprender a otro herrero. El refrán dice: Las esposas y los hijos del Maestro no son sus mejores alumnos.

Así, el artesano tradicional, imitando a *Maa Ngala*, «repetiendo» con sus gestos la primera creación, realiza no un «trabajo» en el sentido puramente económico de la palabra, sino una función sagrada que pone en juego las fuerzas fundamentales de la vida y la compromete en todo su ser. En el secreto de su taller o de su fragua participa en el misterio renovado de la creación eterna.

Los conocimientos del herrero deben abarcar un amplio sector de la vida. Ocultista famoso, su dominio de los secretos del fuego y del hierro le vale ser el único autorizado para practicar la circuncisión y, como hemos visto, el gran «Maestro del cuchillo» en la iniciación del Komo es siempre un herrero. No solo es sabio en todo lo relacionado con los metales, sino que conoce perfectamente la clasificación de las plantas y sus propiedades.

El herrero de alto horno, a la vez extractor del mineral y fundidor, es el más avanzado en conocimiento. A todos los conocimientos del herrero fundidor, une el conocimiento perfecto de los «Hijos del seno de la Tierra» (la mineralogía) y de los secretos del monte y de las plantas. En efecto, conoce la población vegetal que recubre la tierra cuando contiene un metal particular, y sabe detectar un yacimiento de oro sólo examinando las plantas y las piedras.

Conoce los encantamientos a la tierra y los encantamientos a las plantas. Al considerar la naturaleza viva y animada de fuerzas, todo acto que la altere debe ir acompañado de un «saber-vivir ritual» destinado a preservar y salvaguardar su equilibrio sagrado, porque todo está unido, todo repercute en todo lo demás, y cualquier acción sacude las fuerzas de la vida y trae consigo una cadena de consecuencias de las que el ser humano sufre las réplicas.

La relación del hombre tradicional con el mundo es, pues, una relación viva de participación y no una relación puramente utilitaria. Se comprende que, en esta visión global del universo, el lugar del profano es débil.

En el antiguo país de Baoulé, por ejemplo, el oro, en cuya tierra era abundante, se consideraba un metal divino y no era objeto de una explotación excesiva. Servía sobre todo para confeccionar objetos reales o culturales e incluía también

un rol de moneda de cambio, como regalo. Cada uno podía extraerlo, pero no se podía guardar para sí una pepita que superase un cierto tamaño. Toda pepita que superaba el peso corriente era entregada al dios e iba a engrosar «el oro real», depósito sagrado del que los reyes mismos no tenían derecho a sacar. Algunos tesoros reales se transmitieron así, intactos, hasta la ocupación europea. Como se suponía que la tierra pertenecía a Dios, ningún hombre era propietario de ella y sólo se tenía derecho a su «usufructo».

Volviendo al artesano tradicional, es el ejemplo típico de la encarnación de sus conocimientos no solo en sus gestos y actos, sino en toda su vida, ya que está obligado a respetar un conjunto de prohibiciones y obligaciones vinculadas a su función, que constituye un verdadero código de conducta tanto para la naturaleza como para sus semejantes.

Hay así lo que se llama la «Vía de los herreros» (*Numu-Sira* o *numuya*, en bambara), la «Vía de los agricultores», la «Vía de los tejedores», etc. y, en el plano étnico, la «Vía de los peules» (*Lawol fufulde*), verdaderos códigos morales, sociales y jurídicos propios de cada grupo, fielmente transmitidos y respetados por la tradición oral.

Se puede decir que el oficio, o la función tradicional, esculpe el ser del hombre. Toda la diferencia entre la educación moderna y la tradición oral está ahí. Lo que se aprende en la escuela occidental - por útil que sea - no siempre se vive en tanto que el conocimiento heredado de la tradición oral se encarna en el ser entero.

Los instrumentos o herramientas del oficio que materializan las Palabras sagradas, el contacto del aprendiz con el oficio lo obliga, con cada gesto, a vivir la Palabra.

Por eso la tradición oral, tomada en su conjunto, no se reduce a la transmisión de relatos o de ciertos conocimientos. Es generadora y formadora de un tipo particular de hombre. Podemos decir que existe la civilización de los herreros, la civilización de los tejedores, la civilización de los pastores, etc.

Me he limitado a profundizar aquí el ejemplo de los tejedores y herreros, particularmente típico, pero cada actividad tradicional constituye, en general, una gran escuela iniciática o mágica-religiosa, una vía de acceso a la Unidad de la que es, según los iniciados, un reflejo o una expresión particular.

Para conservar dentro del linaje los conocimientos secretos y los poderes mágicos derivados de ellos, cada grupo tuvo que observar, en la mayoría de los casos, prohibiciones sexuales rigurosas contra personas ajenas al grupo, y practicar la endogamia. Ésta no se debe, pues, a una idea de intocabilidad sino al deseo de conservar en el grupo los secretos rituales. Se ve, pues, cómo estos grupos estrechamente especializados y correspondientes a «funciones sagradas» desembocaron poco a poco en la noción de «casta», tal como existe hoy en el África de la sabana. «Es la guerra y el noble que han hecho el cautivo, dice el adagio, pero es Dios quien ha hecho el artesano (el nyamakala).»

Por consiguiente, la noción de superioridad o inferioridad respecto de las castas no se basa en una realidad sociológica tradicional. Apareció con el tiempo, en algunos lugares solamente, probablemente como resultado de la aparición de algunos imperios donde la función guerrera reservada a los nobles les confirió una especie de supremacía. En tiempos re-

motos, por otra parte, la noción de nobleza no era sin duda la misma y el poder espiritual tenía precedencia sobre el poder temporal. En aquella época, eran los Silatigi (Maestros-iniciados peul) y no los Ardo (jefes, reyes) los que dirigían las comunidades peul.

Contrariamente a lo que algunos han escrito o han creído entender, el herrero en África es mucho más temido que despreciado. «Primer hijo de la Tierra», maestro del Fuego y manipulador de fuerzas misteriosas, se teme sobre todo su poder.

De todos modos, la tradición obligó a los nobles a mantener las clases «casteadas», o clases de *nyamakala* (en bambara) - (*nyeenyo*, pl. *nyeeybe*, en peul). Estas clases gozaban de la prerrogativa de poder solicitar bienes (o dinero) no como retribución de un trabajo, sino como reclamación de un privilegio que el noble no podía rechazar.

En la tradición Mandé, cuyo territorio corresponde a Malí pero que abarca más o menos todo el territorio del antiguo Bafour (es decir, la antigua África occidental francesa, con excepción de las zonas de bosque y del este del Níger), las «castas “o *nyamakala*, incluyen:

- los herreros (*numu* en bambara, *baylo* en peul);
  - los tejedores (*maabo*, en peul como en bambara);
  - los trabajadores de la madera (a la vez leñadores y ebanistas; *Saki* en bambara, *labbo* en peul);
  - los trabajadores del cuero (Garanké; en bambara, *sakké* en peul). ;
- animadores públicos (*diéli* en bambara. Se les designa, en peul, con el nombre general de *nyeeybe: nyamakala*). Más conocidos en francés como «griots».

Aunque no hay «superioridad» propiamente dicha, las cuatro clases de *nyamakala*-artesanos tienen precedencia sobre los griots porque corresponden a iniciaciones y a un conocimiento, el herrero está en la cima, seguido del tejedor, siendo su oficio más iniciático. Los herreros y tejedores pueden tomar indistintamente mujer en una u otra casta, ya que son alfareros tradicionales y dependen de la misma iniciación femenina.

En la clasificación de Mandé, los *nyamakala*-artesanos se ordenan por tres:

Hay tres herreros (*numu* en b., *baylo* en p.):

- el herrero de mina (o de alto horno), que extrae el mineral y que funde el metal. Los grandes iniciados entre ellos pueden trabajar también en la forja;
- el herrero del hierro negro, que trabaja en la forja pero no extrae el mineral;
- el herrero de los metales preciosos, o joyero, que es generalmente cortesano y, como tal, instalado en el vestíbulo de los jefes o de los nobles.

Tres tejedores (*maabo*):

- el tejedor de lana, que es el más iniciado. Los motivos que aparecen en las mantas son siempre simbólicos y se rela-

cionan con los misterios de los números y de la cosmogonía. Cada dibujo tiene un nombre;

— el tejedor de *kerka*, que teje enormes mantas, mosquiteros o tapices de algodón de hasta seis metros de largo y con infinidad de motivos. He visto 165 patrones. Cada patrón tiene un nombre y un significado. El propio nombre es un símbolo que significa muchas cosas;

- el tejedor ordinario, que fabrica simples telas blancas y no corresponde a una gran iniciación.

A veces los nobles tejen telares ordinarios. Así, algunos bambara confeccionan telas blancas sin ser tejedores de castas. Pero no son iniciados y no pueden tejer ni *kerka*, ni lana, ni mosquiteros.

Hay tres trabajadores de la madera (*saki* en b., *labbo* en p.):

— el que realiza los morteros, pilones y estatuas sagradas. El mortero, en el que se apilan los remedios sagrados, es un objeto ritual y no está hecho con cualquier madera. Al igual que la fragua, simboliza las dos fuerzas fundamentales: el mortero representa, como el yunque, el polo femenino, mientras que el pilón representa, como la masa, el polo masculino.

Las estatuillas sagradas son ejecutadas por encargo de un iniciado-doma, que las «cargará» de energía sagrada para un uso particular. Independientemente del ritual de la «carga», la elección y el corte de la madera deben realizarse también en condiciones particulares, cuyo secreto tiene el leñador.

El mismo artesano de la madera corta la madera que necesita. Por lo tanto, también es un leñador y su iniciación está relacionada con el conocimiento de los secretos de la selva y las plantas. El árbol se considera vivo y está habitado por otros espíritus vivos, por lo que no se le abate ni se le corta sin las precauciones rituales particulares conocidas por el leñador;

- el que realiza los utensilios o muebles de casa de madera; - el que fabrica las piraguas. El piragüista debe ser iniciado, además, en los secretos del agua.

En Malí, los Somono, que se convirtieron en pescadores sin pertenecer a la etnia Bozo, empezaron a fabricar también piraguas. Son los que se ven trabajando entre Koulikoro y Mopti a orillas del Níger.

Hay tres trabajadores del cuero (*garanké*; en b. y *sakké*; en p.): - los que fabrican los zapatos;

- los que fabrican los arneses;
- los talabarteros, o guarnicioneros.

El trabajo del cuero también es una iniciación y los *garanké* a menudo tienen una reputación de brujos.

Los cazadores, pescadores y agricultores no son castas, sino más bien etnias. Sus actividades están entre las más antiguas de la sociedad humana: la «recolección» (agricultura) y la «caza» (incluidas las «dos cacerías»: en tierra y en el agua) representan también a grandes escuelas de iniciación, porque no importa cómo las aborda fuerzas sagradas de la Madre Tierra o los poderes del monte donde viven los animales. Como el herrero de alto horno, el cazador conoce en general

todos los «encantamientos del monte» y debe poseer a fondo la ciencia del mundo animal.

Los curanderos (por las plantas o por el «don de la palabra») pueden pertenecer a cualquier clase o etnia. Son a menudo doma.

Cada pueblo posee generalmente en herencia dones particulares, transmitidos por iniciación de generación en generación. Los dogones de Malí son famosos por conocer el secreto de la lepra, que saben curar muy rápidamente sin dejar rastro, y el secreto de la curación de la tuberculosis. Son, además, excelentes «arregla huesos» y saben volver a colocar los huesos rotos incluso en caso de fracturas muy graves.

### Los animadores públicos o “Griots” (Diéli, en Bambara)

Si las ciencias ocultas y esotéricas son patrimonio de los «maestros del cuchillo» y de los cantores de los dioses, la música, la poesía lírica, los cuentos que animan las recreaciones populares, y a menudo también la historia, corresponden a los griots, especie de trovadores o juglares que recorren el país o están vinculados a una familia.

A menudo se ha pensado erróneamente que son los únicos «tradicionalistas» posibles. ¿Quiénes son ellos?

Pueden dividirse en tres categorías:

— los griots *músicos*, que tocan todos los instrumentos (monocorde, guitarra, Cora, tam-t, etc). A menudo maravillosos cantantes, conservan y transmiten la música antigua; al mismo tiempo son compositores;

— los griots «*embajadores*» y cortesanos, encargados de mediar entre las grandes familias cuando existen diferencias. Siempre están unidos a una familia real o noble, a veces a una sola persona;

- los griots *genealogistas*, historiadores o poetas (o los tres a la vez) que son también generalmente contadores y grandes viajeros, y no necesariamente vinculados a una familia.

La tradición les confiere una condición especial en la sociedad. En efecto, a diferencia de los Horon (nobles), tienen derecho a ser irónicos y gozan de una gran libertad de palabra. Pueden mostrarse sin vergüenza, incluso descarados, y a veces bromean con las cosas más serias o las más sagradas sin que esto tenga consecuencias. No están obligados ni a la discreción ni al respeto absoluto de la verdad. A veces pueden mentir con aplomo y nadie tiene derecho a reprochárselo. ¡Es el dicho del dieli! No es, pues, la verdad verdadera, pero así la aceptamos». Esta máxima muestra hasta qué punto la tradición admite, sin dejarse engañar, las fantasías de los diéli que, añade, tienen «la boca desgarrada».

En toda la tradición del Bafour, al noble, o al jefe, no solo se le prohíbe la práctica de la música en las reuniones públicas, sino que está obligado a la moderación en la expresión o la palabra. «Hablar demasiado sienta mal en la boca de un Horon», dice el proverbio. Así pues, los griots unidos a las familias se ven obligados naturalmente a desempeñar un papel de casamentero, o incluso de embajador, cuando surgen problemas, pequeños o grandes. Son «la lengua» de su maestro.

Cuando están vinculados a una familia o a una persona, se encargan generalmente de las comisiones de costumbre y, en particular, de los trámites matrimoniales. Un joven noble, por ejemplo, no se dirigirá directamente a una mujer para hablarle de su amor. Le encargará a su griot que se ponga en contacto con la muchacha o con la criada de ésta para hablarle de los sentimientos de su amo y encomiarle sus méritos.

Dado que la sociedad africana se basa fundamentalmente en el diálogo entre los individuos y en el discurso entre comunidades o etnias, los dieli o griots son los agentes activos y naturales de estas palabras. Autorizados a tener «dos lenguas en su boca», pueden eventualmente dedicarse sin que se les imponga, lo que no podría hacer un noble al que no se le permite revocar inesperadamente su palabra o una decisión. Los griots pueden incluso asumir una falta que no han cometido para corregir una situación o salvar la cara de los nobles.

Corresponde a los ancianos sabios de la comunidad, que se sientan en secreto, el pesado deber de «mirar las cosas por la ventanilla adecuada», pero a los griots les corresponde hacer pasar lo que los sabios han decidido.

Entrenados para informarse e informar, son los grandes vectores de las noticias, pero también, a menudo, los propagadores de los chismes.

Su nombre en bambara, *diéli*, significa «sangre». Como la sangre en efecto, circulan en el cuerpo de la sociedad, que pueden curar o enfermar, según que atenúen o aviven sus conflictos con sus palabras y con sus cantos.

Sin embargo, debemos apresurarnos a decir que se trata de características generales y que no todos los griots son necesariamente descarados o desvergonzados. Por el contrario, entre ellos hay hombres llamados *Diéli-faama*: «griots-rois». Estos no ceden en nada a los nobles en materia de valor, moralidad, virtudes y sabiduría, y nunca abusan de los derechos que les concede la costumbre.

Los griots fueron un gran agente activo del comercio humano y de la cultura.

Con frecuencia dotados de una gran inteligencia, desempeñaron un papel muy importante en la sociedad tradicional del Bafour debido a su influencia sobre los nobles y los jefes. En toda ocasión, también ahora, estimulan y excitan el orgullo clánico del noble con sus cantos, unas veces para obtener regalos de él, pero a menudo también para animarlo en una circunstancia difícil.

Durante la noche anterior a la circuncisión, por ejemplo, animan al niño o al joven para que, con su impasibilidad, sepa mostrarse digno de sus antepasados. «Tu padre<sup>13</sup> fulano, que murió en el campo de batalla, se tragó la «papilla de hierro ígnea» (las balas) sin pestañear. Espero que mañana no tengas miedo del cuchillo afilado del herrero», cantan los Peul. En la ceremonia del bastón, o Soro, entre los Peuls Bororo de Níger, son los griots los que sostienen con sus cantos al joven que debe demostrar su valor y su paciencia recibiendo sin parpadear, con la sonrisa, los golpes de palos más cruentos en el pecho.

Los griots participaron en todas las batallas de la historia al lado de sus amos, cuyo valor avivan recordando su

<sup>13</sup>«Tu padre», en lenguaje africano, este puede ser también un tío, un abuelo o un ancestro. Es toda la línea paterna, comprendida la línea colateral.

genealogía y las hazañas de sus padres. Tanto es grande la potencia de la evocación del nombre para el africano. Es por la repetición del nombre de su linaje que se saluda y alaba a un africano.

La influencia ejercida por los *diéli*, a lo largo de la historia, fue buena o mala según sus palabras excitaban el orgullo de los jefes y los empujaban a superar los límites, o según los recordaban, como a menudo sucede, al respeto de sus deberes tradicionales.

Como se ve, la historia de los grandes imperios de África de Bafour es tan inseparable del papel de los *Diéli* que merecería, por sí solo, un estudio profundo.

El secreto del poder y la influencia de los *Diéli* sobre los *Horon* (nobles) reside en el conocimiento de su genealogía y la historia de su familia. Algunos de ellos han hecho de este conocimiento una verdadera especialidad. Esta clase de griots no suele pertenecer a ninguna familia y recorre el país en busca de informaciones históricas cada vez más extensas. De este modo, están seguros de poseer un medio casi mágico de provocar el entusiasmo de los nobles a los que vienen a declarar su genealogía, sus divisas y su historia, y a cambio de ello recibir automáticamente importantes regalos. Un noble es capaz de despojarse de todo lo que posee sobre sí mismo y en su casa para regalarlo a un griot que ha sabido tocar su cuerda sensible. Dondequiera que vayan, estos griots genealogistas están seguros de encontrar ampliamente su subsistencia.

Sin embargo, no habría que creer que se trata de una «retribución». La idea de retribución por un trabajo es contraria a la noción tradicional de derecho de los *nyamakala* sobre las clases nobles<sup>14</sup>. Cualquiera que sea su fortuna, los nobles, incluso los más pobres, están obligados tradicionalmente a dar a los *diéli*, como a todo *nyamakala* o *woloso* («cautivo de choza»)<sup>15</sup>, aunque el solicitante sea infinitamente más rico que el donante. En general, la casta de los *Diéli* es la que más pide. Pero no importa lo que gane, el *diéli* siempre es pobre porque gasta sin reservas, contando con los nobles para vivir.

«¡Oh! — cantan los griots mendigos — la mano del noble no se pega a su cuello por codicia, sino que siempre está lista para sumergirse en su bolsillo para dársela al mendigo”. Y si por casualidad el regalo no llega, ¡cuidado con las fechorías de «el hombre con la boca desgarrada», cuyas «dos lenguas» pueden estropear muchos asuntos y reputaciones!

Desde el punto de vista económico, la casta de los *Diéli*, como todas las clases de *nyamakala* y de *woloso*, está totalmente a cargo de la sociedad, y especialmente de las clases nobles. La transformación progresiva de las condiciones económicas y de las costumbres ha afectado en cierta medida a este estado de cosas, de antiguos nobles o antiguos griots que acceden a funciones retribuidas. Pero la costumbre sigue viva y la gente se arruina incluso, con ocasión de las fiestas de bautismo o de matrimonio, para dar regalos a los griots que acuden a animar estas fiestas de sus cantos. Algunos gobiernos modernos han intentado poner fin a esta costumbre, pero que yo

<sup>14</sup> «Noble» es una traducción muy aproximada para *Horon*. De hecho, es *Horon* cualquier persona que no pertenezca ni a la clase de los *nyamakala* ni a la clase de los *Jon* (o «cautivos»), clase nacida a partir de antiguas tomas de guerra. Los *Horon* tienen el deber de asegurar la defensa de la comunidad, dar su vida por ella y asegurar el mantenimiento de las otras clases.

<sup>15</sup> *Woloso*, o, «cautivo de choza», cfr. Nota 6

sepa no han tenido éxito.

Los *diéli*, siendo *nyamakala*, deben, en principio, casarse en las clases de *nyamakala*.

Vemos cómo los griots genealogistas, especializados en el conocimiento de la historia familiar y con frecuencia dotados de una memoria prodigiosa, pudieron convertirse, con toda naturalidad, en cierto modo, en los archiveros de la sociedad africana y, a veces, en grandes historiadores. Pero recordemos que no son los únicos con este conocimiento. Por lo tanto, podemos, estrictamente hablando, llamar a los griot-historiadores “tradicionalistas”, pero con la salvedad de que se trata de una rama puramente histórica de la tradición, que también incluye muchas otras.

El hecho de haber nacido griot (*diéli*) no convierte necesariamente al *diéli* en historiador, pero lo predispone a ello, y tampoco lo convierte, ni mucho menos, en un estudioso de las cuestiones tradicionales, en un “conocedor”. En términos generales, la casta *Diéli* es la más alejada de los dominios iniciáticos, que requieren silencio, discreción y dominio del habla.

Sin embargo, la posibilidad de convertirse en “Conocedores” no les está prohibida, como tampoco a nadie. Así como un tradicionalista *doma* (el “Conocedor tradicional” en el verdadero sentido del término) puede ser un gran genealogista e historiador al mismo tiempo, un griot, como cualquier miembro de cualquier categoría social, puede convertirse en un tradicionalista *-doma* si sus aptitudes lo permiten y si ha experimentado las iniciaciones correspondientes (a excepción, sin embargo, de la iniciación del *Komo* que le está prohibida).

Hemos citado, durante este estudio, el ejemplo de dos griots “conocedores” que viven actualmente en Malí: Iwa y Banzoumana, este último a la vez un gran músico, historiador y tradicionalista *-doma*.

El griot, que es al mismo tiempo un tradicionalista *-doma*, constituye una fuente de información enteramente digna de confianza, porque su calidad de iniciado le confiere un alto valor moral y le obliga a no mentir. Se convierte en otro hombre. Es este “griot-rey”, del que hablé anteriormente, que es consultado por su sabiduría y su saber y que, sabiendo entretener, nunca abusa de sus derechos consuetudinarios.

Cuando un griot cuenta una historia, generalmente uno pregunta: “¿Es esta la historia del *diéli* o la historia de la *doma*?” “. Si se trata de “la historia de los *diéli*”, respondemos: “¡Es el dicho de los *diéli*!” y esperamos algunos embellecimientos de la verdad, destinados a resaltar el papel de tal o cual familia, lo que un tradicionalista *doma*, preocupado sobre todo por la transmisión veraz, no haría.

Aquí habría que hacer una diferenciación aquí. Cuando estás en presencia de un griot historiador, es importante saber si es un griot ordinario o un griot *-doma*. Debe reconocerse, sin embargo, que la base de los hechos rara vez se transforma; sirve de trampolín a una inspiración poética o panegírica, que aunque no los desvirtúa realmente, al menos la «decora»..

Conviene disipar un malentendido cuyas secuelas aún aparecen en ciertos diccionarios franceses. Creemos, en efec-

to, que el griot (*diéli*) es un “brujo”, lo que no corresponde a ninguna realidad. Puede ocurrir que un griot sea *Korté-tigui*, “lanzador de mala suerte”, como puede ocurrir también que un griot sea *doma*, “conocedor tradicional”, y esto no ocurre porque haya nacido griot, sino porque habrá sido iniciado y habrá adquirido su maestría, buena o mala, en la escuela de un maestro del arte.

El malentendido sin duda proviene de la ambivalencia del término “griot” que, en francés, designa a veces al conjunto de los *nyamakala* –de los que forma parte el *diéli*– y, más frecuentemente, sólo a la casta *diéli*.

Ahora bien, la tradición declara que los *nyamakala* son todos *Subaa*, término que designa a un hombre versado en los conocimientos ocultos conocidos de los únicos iniciados, un «ocultista» en cierto modo. Por otra parte, excluye de esta designación a los *dieli*, que no siguen una vía iniciática propia. Son los *nyamakala*-artesanos los que son *subaa*. Entre estos últimos, se encuentra que el *garanké*, trabajador del cuero, goza de una reputación de *Subaga*: brujo, en el mal sentido de la palabra.

No estoy lejos de creer que los primeros intérpretes europeos confundieron los dos términos *subaa* y *subaga* (cercaños en la pronunciación) y que la ambivalencia del término «griot» hizo el resto.

La tradición que declara que «Todos los *nyamakala* son *subaa* (ocultistas)», habrán comprendido: «Todos los *nyamakala* son *subaga* (brujos)», lo que, dado el doble uso, colectivo o particular, de la palabra griot: «Todos los griots son brujos». De ahí el malentendido.

Sea como fuere, la importancia del *dieline* no reside en sus posibles virtudes hechiceras, sino en su arte de manejar la palabra, que es también otra forma de magia.

Antes de dejar los griots, señalemos algunas excepciones que pueden producir confusiones. Podemos encontrarnos con algunos tejedores que han dejado de practicar el oficio tradicional para convertirse en músicos de guitarra. Los peul los llaman *Bammaado*, literalmente “cargados en la espalda”, porque su carga es siempre soportada por un hombre o por la comunidad. Estos *Bammaado*, que siempre son cuentistas, también pueden ser poetas, genealogistas e historiadores.

Algunos leñadores también pueden cambiar sus herramientas por la guitarra y convertirse en excelentes músicos y genealogistas. Bokar Ilo e Idriss Ngada, quienes, que yo sepa, se encuentran entre los grandes genealogistas del Alto Volta, fueron leñadores que se convirtieron en músicos. Pero estas son excepciones.

Algunos nobles caídos también pueden convertirse en animadores y animadores públicos —aunque no en músicos<sup>16</sup>— y llevar el nombre de *Tiapourta* (en Bambara como en peul). Son entonces más descarados y desvergonzados que el más descarado de los griots, y nadie se toma en serio sus palabras. Piden regalos a los griots, hasta el punto de que éstos huyen cuando ven a uno...

Si la música es, en general, la gran especialidad de los *diéli*, existe, además, la música ritual interpretada por iniciados y que acompaña a las ceremonias o danzas rituales. Los ins-  
<sup>16</sup> Recordemos que los Horons (nobles), peul o bambara, no tocan nunca música, al menos en público. Los *Tiapourta* han conservado en general esta costumbre.

trumentos de esta música sagrada son entonces verdaderos objetos de culto, que permiten comunicarse con las fuerzas invisibles. Según sean de cuerda, viento o percusión, se relacionan con los elementos: tierra, aire y agua.

La música adecuada para “encantar” a los espíritus del fuego es prerrogativa de la asociación de comedores de fuego, llamada *Kursi-kolonin* o *Donnga-soro*.

### ¿Cómo se deviene tradicionalista?

Como ya hemos indicado, todo el mundo, en África del Bafour, puede llegar a ser tradicionalista-*doma*, es decir, «Conocedor» en una o varias materias tradicionales. El conocimiento está al alcance de todos (la iniciación está presente en todas partes, de una forma u otra forma) y su adquisición depende únicamente de las aptitudes de cada uno.

El conocimiento es tan valorado que prima todo y confiere nobleza. Así, el Conocedor, en cualquier materia, puede formar parte del Consejo de ancianos encargado de la administración de la comunidad, cualquiera que fuese su categoría social, *horon* (noble), *nyamakala* o *woloso* («cautivo de choza»). «El conocimiento no conoce ni la raza ni la «puerta paterna» (el clan). Ennoblecce a su hombre», dice el proverbio.

La educación africana no es sistemática como la europea. Se imparte a lo largo de toda la vida. La vida misma es educativa.

Hasta la edad de 42 años, en el Bafour el hombre debía estar en la escuela de la vida y no tenía «derecho a la palabra» en las asambleas, sino excepcionalmente. Se supone que está todavía «en la escucha», y en la etapa de profundizar en los conocimientos que ha recibido desde su iniciación a los 21 años.

A partir de los 42 años, se supone que ha asimilado y profundizado las enseñanzas recibidas desde su juventud, adquirido el derecho a la palabra en las asambleas y se convierte a su vez en instructor para devolver a la sociedad lo que había recibido. Pero esto no le impide, si así lo desea, seguir instruyéndose con sus mayores y solicitando su consejo. Un anciano siempre encuentra a un hombre mayor, o más sabio que él, para pedirle más información o una opinión. «Todos los días, se dice, el oído escucha lo que no había oído todavía». La educación puede durar toda la vida.

Después de haber aprendido su oficio y seguido la iniciación correspondiente, el joven *nyamakala*-artesano, dispuesto a volar con sus propias alas, suele viajar de aldea en aldea para aumentar sus conocimientos con nuevos maestros. «Quien no ha viajado no ha visto nada», dicen las personas. Por eso va de taller en taller dando una vuelta por el país ampliar lo más posible su conocimiento. ¡Los de la montaña bajan a la llanura, los de la llanura van a la montaña, los de Bélédougou vienen a Mandé, etc.

Para hacerse reconocer, el joven herrero en viaje lleva su fuelle colgado sobre su hombro, el leñador su hacha o su pala; el tejedor llevaba en su espalda su telar desmontado pero porta sobre el hombro su lanzadera o su polea; el zapatero sostiene sus botes de colores. Cuando el joven llega a una gran aldea donde las corporaciones están agrupadas por barrios, se le envía automáticamente al barrio de los zapateros o teje-

dores, etc.

Durante sus viajes e investigaciones, la adquisición de una masa de conocimientos más o menos grande depende de su destreza, de la calidad de su memoria y, sobre todo, de su carácter. Si es cortés, amable y servicial, los viejos le dan secretos que no entregan a los demás, porque se dice: «El secreto de los viejos no se paga con dinero, sino con buenos modales.»

El joven *horon* pasa su infancia en el patio de su padre y en el pueblo, donde asiste a todas las reuniones, escucha los relatos de cada uno y retiene todo lo que puede. En las sesiones vespertinas de su «asociación de edad», cada niño relata los cuentos que ha escuchado, ya sean históricos o iniciáticos - pero en este último caso sin comprender todo su alcance. A partir de los siete años, forma automáticamente parte de la sociedad de iniciación de su aldea y comienza a recibir las enseñanzas, de las que hemos hablado anteriormente y que conciernen a todos los aspectos de la vida.

Cuando un anciano relata un cuento iniciático en una asamblea, desarrolla su simbolismo según la naturaleza y la comprensión de su auditorio. Puede convertirlo en un simple cuento maravilloso para niños, con un sentido moral educativo, o una profunda lección sobre los misterios de la naturaleza humana y de su relación con los mundos invisibles. Cada uno retiene o comprende según sus aptitudes.

Lo mismo ocurre con los relatos históricos que animan las reuniones, en los que se evocan con todo detalle los hechos y gestos de los ancianos o de los héroes del país. El extranjero de paso hará oír las historias de países lejanos. Así, el niño se impregna de un ambiente cultural particular que se impregna en función de las cualidades de su memoria. Historia, cuentos, fábulas, proverbios y máximas jalonan sus días.

En general, el joven *horon* no se expatria, cuando se le destina a la defensa del país. Participa en los trabajos de su padre, que puede ser agricultor, sastre o ejercer cualquier otra actividad reservada a la clase *horon*. Si es peul, sigue el campamento de sus padres, aprende muy pronto a mantener a los rebaños solos en pleno monte, tanto de noche como de día, y recibe la iniciación peul ligada al simbolismo de los bóvidos.

En general, no se llega a ser tradicionalista-*doma* permaneciendo en su pueblo.

Un curandero que quiera profundizar sus conocimientos tendrá que viajar para conocer los diferentes tipos de plantas y aprender de otros Conocedores en la materia.

El hombre que viaja descubre y vive otras iniciaciones, registra las diferencias o las semejanzas, amplía el campo de su comprensión. Dondequiera que pasa, participa en las reuniones, escucha relatos históricos, se detiene con un transmisor cualificado en iniciación o en genealogía, y toma así contacto con la historia y las tradiciones de los países que atraviesa.

Se puede decir que quien se ha convertido en tradicionalista-*doma* ha sido, toda su vida, un investigador y un interrogador, y que nunca deja de serlo.

El africano de la sabana viajaba mucho. El resultado era un intercambio y una circulación de conocimientos. Por ello, la memoria histórica colectiva en África rara vez se limita a un solo territorio. Se relaciona más bien con los linajes o et-

nias que han emigrado a través del continente.

Numerosas caravanas atravesaban el país, recorriendo una red de carreteras especiales protegidas tradicionalmente por los dioses y los reyes, rutas en las que se estaba seguro de no ser asaltado ni atacado. Lo contrario, sería exponerse a un ataque o a violar sin saberlo alguna prohibición local y habría pagado caro las consecuencias. Al llegar a un país desconocido, los viajeros iban a «confiar su cabeza» a un notable que se convertía así en su garante, porque «tocar al “extranjero” de alguna manera es tocar al propio huésped».

El gran genealogista, sin embargo, siempre es necesariamente un gran viajero. Si un griot puede contentarse con conocer la genealogía de la familia a la que está unido, el verdadero genealogista - sea o no griot - tendrá necesariamente, para ampliar sus conocimientos, que circular por todo el país para informarse sobre las principales ramificaciones de una determinada etnia, y luego viajar al extranjero para informarse sobre la historia de las ramas emigradas.

Así, Molom Gaolo, el genealogista más grande que he conocido, poseía la genealogía de todos los peul de Senegal. Como su edad ya no le permitía desplazarse, envió a su hijo, Mamadou Molom, a continuar su investigación entre las familias peul emigradas a través del Sudán (Malí) con al-Hādjdj Umar. En el momento en que conocí a Molom Gaolo, había podido reunir y retener la historia pasada de unas cuarenta generaciones.

Tenía la costumbre de asistir a todos los bautizos o funerales en las familias importantes, con el fin de registrar las circunstancias de los nacimientos y de las defunciones, que añadía a las listas depositadas en su memoria fabulosa. Por eso podía declarar a cualquier personaje peul: «Eres hijo de fulano, nacido de fulano, descendiente de fulano, descendiente de fulano, etc. muertos en un lugar determinado, por tal razón, enterrados en un lugar determinado, etc. o bien: «Fulano ha sido bautizado tal día, a tal hora, por tal marabú...». Por supuesto, todos estos conocimientos eran, y siguen siendo, transmitidos oralmente y registrados solo por la memoria del genealogista. No podemos hacernos una idea de lo que la memoria de un «analfabeto» puede almacenar. Un relato escuchado una sola vez está grabado como en una matriz y resurgirá de la primera a la última palabra cuando la memoria lo solicite.

Molom Gaolo murió a la edad de 105 años, creo que alrededor de 1968. Su hijo, Mamadou Gaolo, que ahora tiene 50 años, vive en Malí, donde prosigue el trabajo de su padre, por los mismos medios puramente orales, siendo él mismo analfabeto.

Wahab Gaolo, contemporáneo de Mamadou Gaolo y todavía vivo, prosiguió por su parte una investigación sobre las etnias fulfuldephones (Peul y Toucouleur) en el Chad, Camerún, la República Centroafricana y hasta el Zaire, para informarse sobre la genealogía y la historia de las familias emigradas en estos países.

Los Gaolo no son *dieli* (griots); sino una etnia fulfuldephone asimilada a la clase *nyamakala* y que goza de las mismas prerrogativas. Más habladores y declamadores que músicos (excepto sus esposas que cantan acompañados de instrumentos rudimentarios), pueden ser narradores y actores y cuentan entre ellos muchos genealogistas.

Entre los Marka (etnia de Mandé), los genealogistas se llaman «Guesséré», por el nombre de su etnia vinculada a los Marka.

Quien dice genealogista dice, por ello mismo, historiador, porque un buen genealogista conoce la historia y los hechos y gestos de cada uno de los personajes citados, al menos los más destacados. Esta ciencia está en la base misma de la historia de África, porque si nos interesa tanto la historia, no es por las fechas, sino por la genealogía, para poder rastrear el despliegue, a través del tiempo y el espacio, de una familia, de un clan o de una etnia dadas.

Por eso todo el mundo es siempre un poco genealogista en África y capaz de remontarse bastante lejos en su propio linaje. De lo contrario, estaría como privado de «documento de identidad». En el pasado, en Malí, no había nadie que no conociera al menos a diez o doce generaciones de sus antepasados. Entre todos los viejos Toucouleur que vinieron a Macina con al-Ḥādīdj Umar, no había ninguno que no conociera su genealogía en Fouta-Senegal (país de origen) y que no supiera cómo conectarse con las familias que se quedaron allí. A ellos acudió Mamadou Molom, hijo de Molom Gaolo, en Mali, para continuar la investigación de su padre.

La genealogía es, pues, a la vez sentimiento de identidad, medio de exaltar la gloria familiar y recurso en caso de litigio. Un conflicto por un terreno, por ejemplo, puede resolverse gracias al genealogista que precisa qué abuelo había desbrozado, luego cultivado ese terreno, a quién lo había dado, en qué condiciones, etc.

En la población, todavía hoy, hay muchos conocedores de genealogía e historia, que no pertenecen ni a la clase de los griots ni a la de los Gaolo. Esta es una fuente importante de información para la historia de África, al menos durante algún tiempo.

Cada patriarca es un genealogista para su propio clan, y a menudo es con ellos que los griots o gaolo vienen a preguntar para completar su información.

En general, cada anciano, en África, es siempre «conocedor» de una u otra materia, histórica o

Griots y gaolo no tienen pues la exclusividad del conocimiento genealógico, sino que sólo ellos tienen como especialidad la «declamación» ante los nobles para obtener donaciones.

### Influencia del Islam

Las particularidades de la memoria africana y las modalidades de su transmisión oral no se han visto transformadas por la islamización que ha afectado en gran parte a los países de la Sabana o del antiguo Bafour. En efecto, dondequiera que se ha difundido, el Islam no ha adaptado la tradición africana a su propio pensamiento, sino que se ha adaptado a la transmisión africana desde el momento - o que ocurría a menudo - en que ésta no violaba sus principios fundamentales. La simbiosis realizada es tan grande que a veces es difícil desentrañar lo que pertenece a una u otra tradición.

Cuando la gran familia árabe-bereber de los kounta islamizó el país, mucho antes del siglo XI, desde el momento en

que los autóctonos aprendieron árabe, comenzaron a utilizar las tradiciones ancestrales para transmitir y explicar el islam.

De este modo, las grandes escuelas islámicas puramente orales pudieron enseñar el islam en las lenguas indígenas, con excepción del Corán y de los textos que forman parte de la oración canónica.

Entre muchas otras, citaré la escuela oral del Djelgodji (llamado Kabé), la escuela de Barani, la de Amadou Fodia en el Farimaké (círculo de Niafounké, en Malí), la de Mohamed Abdoulaye Souadou, de Dilli (círculo de Nara, Mali), la escuela de Cheusikdio en Nigeria y Níger, donde toda la enseñanza se impartía en peul. Más cerca de nosotros, la Zaiya de Tierno Bokar Salif, en Bandiagara, y la escuela de Sheikh Salah, gran marabú Dogon, todavía vivo.

Para dar una idea de las capacidades de la memoria africana, digamos que la mayoría de los niños que salían de las escuelas coránicas eran capaces de recitar el Corán enteramente de memoria, en árabe y en la salmodia deseada, ¡sin entender su sentido!

En todas estas escuelas, los principios básicos de la tradición africana no eran repudiados, sino utilizados y explicados a la luz de la revelación coránica. Tierno Bokar, que era a la vez tradicionalista en materia africana y en islam, se ilustró en la aplicación profunda de este método de enseñanza.

Independientemente de una visión sacra común del universo y de una misma concepción del hombre y de la familia, se hallaba, en ambas tradiciones, la misma preocupación por citar siempre sus fuentes (*isnad*, en árabe) y no cambiar nada las palabras del maestro, el mismo respeto de la cadena de transmisión iniciática (*Silsila*, o «cadena», en árabe) y el mismo sistema de vías iniciáticas (las grandes congregaciones sufíes, o *tariqa* (plural *tourouk*), cuya «cadena» se remonta hasta el propio Profeta) permite profundizar, por experiencia, los datos de la fe.

A las categorías conocidas de los «conocedores» tradicionales se sumaron las de los Marabouts (letrados en árabe o en jurisprudencia islámica) y los grandes jeques del sufismo, mientras que las estructuras de la sociedad (castas y oficios tradicionales) se conservaban, incluso en los ambientes más islamistas, y seguían transmitiendo sus iniciaciones particulares. El conocimiento en materia islámica constituyó una nueva fuente de ennoblecimiento. Así Alfa Ali, muerto en 1958, gaolo de nacimiento, era la mayor autoridad en materia islámica del círculo de Bandiagara, así como toda su familia antes de él, y su hijo después de lui<sup>17</sup>.

### Historia de una cosecha

Para dar una ilustración práctica de cómo los relatos históricos u otros viven y se conservan con una fidelidad rigurosa en la memoria colectiva de una sociedad con tradición oral, contaré cómo se me dio la oportunidad de reunir, solo a partir de la tradición oral, los elementos que me permitieron escribir la historia de *El Imperio peul del Macina al siglo XVII*<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> En general, la islamización, procedente del norte y del este, ha afectado más especialmente a los países de la sabana, mientras que la cristianización, procedente del mar, ha afectado más a las regiones forestales de la costa. No puedo hablar del encuentro entre tradición y cristianismo, no estoy informado sobre el tema.

<sup>18</sup> Amadou Hampaté Bá y J. Daget, 1962.

Perteneciente a la familia de Tidjani, jefe de provincia, me encontré desde mi infancia en las mejores condiciones para escuchar y retener. En efecto, la casa de mi padre Tidjani, en Bandiagara, nunca estaba vacía. Allí se celebraban grandes reuniones, tanto de día como de noche, en las que todos trataban las más diversas materias de la tradición.

Como la familia de mi padre estaba íntimamente implicada en los acontecimientos de la época, los relatos se referían a menudo a la historia y cada uno contaba un episodio conocido de una batalla o de un acontecimiento notable. Siempre presente en estas reuniones, no perdía una palabra y mi memoria, como una cera virgen, registraba todo.

Allí, desde mi infancia, conocí a Koulel, el gran narrador, genealogista e historiador fuldephone. Lo seguía por todas partes y aprendí de él muchos cuentos y relatos que luego me enorgullecía de llevar a mis pequeños camaradas de mi edad, así que me apodaron «Amkoulel», lo que significa «Koulel pequeño».

Circunstancias ajenas a mi voluntad me llevaron, siguiendo a mi familia, a visitar muchos países donde pude estar siempre en relación con grandes tradicionalistas. Así, cuando mi padre fue obligado a residir en Bougouni, donde Koulel nos había seguido, conocí al gran *Doma* bambara Danfo Sine, luego a su hermano menor Latif.

Posteriormente, en Bamako como en Kati, la corte de mi padre Tidjani estaba casi reconstituida y los tradicionalistas de todos los países venían a reunirse en su casa, sabiendo que allí encontrarían a otros “Conocedores” cerca de los cuales podrían controlar o incluso ampliar su propio conocimiento, porque uno siempre encuentra más sabio que uno mismo.

Ahí es donde comencé a aprender mucho sobre la historia del Imperio peul de Macina, tanto en la versión Macinanké (es decir, gente de Macina y partidarios de Sheikou Amadou) como en la versión de los Toucouleur, sus antagonistas, e incluso otras etnias (Bambara, Marka, Sarakollé, Songhaï, etc.) que participaron o presenciaron los hechos.

Partiendo de una base personal bien sólida, emprendí posteriormente la recopilación sistemática de información. Mi método fue registrar primero todas las historias, sin preocuparme por su veracidad o posible exageración. Luego comparé las historias de los Macinanké con las de los Toucouleur u otros grupos étnicos interesados. Así, en cada región siempre se pueden encontrar grupos étnicos cuyas historias permiten comprobar las declaraciones de los principales interesados.

Fue un trabajo de largo aliento. La recolección de esta información me tomó más de quince años de trabajo y desplazamientos que me llevaron de Fouta-Djalón (Senegal) a Kano (Nigeria) para rehacer todos los viajes y el camino recorrido tanto por Sheikou Amadou como por al-ḥādjī ‘Umar.

De esta manera registré los relatos de al menos mil informantes y no retuvimos más que las declaraciones concordantes, las que se encontraban conformes tanto con las tradiciones macinanké y toucouleur como con las de las demás etnias de interés, y cuyas fuentes he citado en el libro.

Pude constatar que, en general, mis mil informantes habían respetado la verdad de los acontecimientos. La trama

de la narración era la misma en todas partes. Las diferencias, que solo se referían a pequeños detalles, se debían a la calidad de la memoria o al tono particular del recitador. Según su origen étnico, podía tender a minimizar algunas derrotas o tratar de darles una excusa, pero no transformaba los datos básicos. Podía suceder que un narrador, bajo la influencia de una música de acompañamiento, se dejara llevar un poco por su entusiasmo, pero el lienzo seguía siendo el mismo: los lugares, las batallas, las victorias y las derrotas, las entrevistas y las palabras intercambiadas, las palabras de los personajes principales, etc.

Esta experiencia me ha demostrado que la tradición oral es plenamente válida desde el punto de vista científico. No sólo es posible, como he hecho yo, comparar las versiones de diferentes etnias para ejercer el control, sino que la propia sociedad ejerce un autocontrol permanente. Ningún narrador podría, en efecto, permitirse transformar los hechos, ya que en su entorno habría siempre compañeros o ancianos que señalarían inmediatamente el error y le echarían en cara la injuria grave de mentiroso.

El profesor Montet me citó un día para ofrecerme historias del Imperio Macina Peul que su padre había recogido cincuenta años antes, y de las que no había cambiado ni una palabra. Esto da una idea de la fidelidad conservación de datos en la tradición oral.

### Características de la memoria africana

Entre todos los pueblos del mundo se ha constatado que los que no escriben poseen la memoria más desarrollada.

He dado el ejemplo de los genealogistas capaces de retener una masa increíble de elementos, pero podríamos citar también el ejemplo de algunos comerciantes analfabetos (todavía conozco a muchos) que hacen negocios a veces por decenas de millones, prestando dinero a muchas personas durante sus viajes, y teniendo en cuenta la contabilidad más precisa de todos estos movimientos de mercancías y dinero, sin ninguna nota escrita y sin cometer el más mínimo error.

El dato a retener se graba en la memoria del tradicionalista de inmediato, como en una cera virgen, y permanece constantemente disponible, en su totalidad<sup>19</sup>.

Una de las particularidades de la memoria africana es que reproduce el acontecimiento o el relato, memorizándolo *en su totalidad*, como una película que se desarrolla desde el principio hasta el final, y lo devuelve al presente. No se trata de una remembranza, sino de la entrega al presente de un acontecimiento pasado en el que todos participan, recitan y escuchan.

La maestría del narrador reside en su capacidad no solo de relatar un suceso reciente, sino de transportarnos a él, *convirtiéndolo a sus oyentes* en testigos vivos y activos. En la cultura

<sup>19</sup> Se podría explicar este fenómeno al hecho de que las facultades sensoriales del hombre están más desarrolladas dondequiera que éste se vea obligado a utilizarlas intensamente, y se atrofian en la vida moderna. El cazador africano tradicional, por ejemplo, es capaz de oír e identificar ciertos ruidos que vienen de varios kilómetros. Su percepción es particularmente aguda. Algunos son capaces de «sentir» el agua, como los zahoríes. Los tuaregs del desierto poseen un sentido de la orientación que se deriva del milagro, etc. Mientras que, sumergido en todas partes por el ruido y las informaciones, el hombre moderno ve cómo sus facultades se atrofian progresivamente. Se ha demostrado médicamente que el hombre de las ciudades escucha cada vez peor.

ra africana, la narración es una habilidad innata. Cuando un forastero llega a una aldea, lo saludan con la frase: “Yo soy tu extranjero”, a lo que se responde: “Esta casa está abierta para ti. Entra en paz”. Luego, le piden que comparta sus noticias. El forastero narra entonces su viaje desde su partida, relatando lo que vio, oyó y experimentó, de tal manera que sus oyentes se convierten en partícipes de su travesía, reviviéndola junto a él. Es por ello que el modo verbal presente impera en la narración africana.

La memoria africana, en general, captura toda la escena con gran detalle: el escenario, los personajes, sus diálogos e incluso la vestimenta. En los relatos de guerra de los Toucouleur, se detalla con precisión el tipo de boubou bordado que llevaba el gran héroe Oumarel Samba Dondo en una batalla determinada, su función como mozo de cuadra y su posterior ascenso, el nombre de su caballo y su destino. Estos detalles enriquecen la narración y dan vida a la escena.

Por eso el tradicionalista no puede, o muy difícilmente, «resumir». Si se le pide que resuma una escena, para él eso equivale a escamotearla. Ahora bien, no tiene tradicionalmente el derecho. Cada detalle tiene su importancia para la verdad del cuadro. Cuenta el acontecimiento en su totalidad o no lo cuenta. A tal petición responderá: «Si no tienes tiempo de escucharme, lo contaré otro día.»

De la misma manera, nunca tendrá miedo de repetirse. Nadie se cansará de oírle contar la misma historia, en los mismos términos, tal como la ha contado quizás muchas veces. Cada vez es toda la película la que se desarrolla de nuevo. El acontecimiento está allí, restituido. El pasado se convierte en presente. La vida no se resume.

Podemos, en caso de necesidad, acortar una historia para niños, recortando ciertas secuencias, pero entonces no la tomaremos como cierta. Cuando se trata de adultos, se cuenta un hecho o no se cuenta.

Esta peculiaridad de la memoria africana tradicional vinculada a un contexto de tradición oral, es ya en sí misma una garantía de autenticidad.

En cuanto a la memoria de los tradicionalistas, y en particular de los tradicionalistas-*doma* o «conocedores», que abarca vastos ámbitos del conocimiento tradicional, constituye una verdadera biblioteca en la que los archivos no están «clasificados» sino totalmente inventariados.

Para una mente moderna, es un caos, pero para los tradicionalistas, si hay caos, es como las moléculas de agua que se mezclan en el mar para formar un todo vivo. En este mar, evolucionan con la facilidad de un pez en el agua.

Las fichas inmateriales de la tradición oral son las máximas, proverbios, cuentos, leyendas, mitos, etc. que constituirán, bien un esbozo a desarrollar, bien una entrada en materia para un relato didáctico antiguo o improvisado. Para los cuentos por ejemplo, y especialmente los cuentos iniciáticos, hay una trama básica que nunca varía, pero a partir de la cual el narrador puede añadir adornos, desarrollos o enseñanzas apropiadas a la comprensión de su audiencia. Lo mismo ocurre con los mitos, que son condensados de conocimientos en una forma sintética que el iniciado siempre puede desarrollar o profundizar para sus alumnos.

Conviene estar atentos al contenido de los mitos y no «catalogarlos» demasiado rápido. Pueden abarcar realidades de orden muy diverso e incluso, a veces, ser escuchados a varios niveles al mismo tiempo.

Si algunos se refieren a conocimientos esotéricos y «velan» el conocimiento al mismo tiempo que lo transmiten a través de los siglos, otros pueden tener relación con acontecimientos reales. Un ejemplo es *Thianaba*, la mítica serpiente peul, cuya leyenda narra las aventuras y la migración a través de la sabana africana, desde el océano Atlántico. El ingeniero Belime, que fue encargado, hacia 1921, de construir la presa de Sansanding, tuvo la curiosidad de seguir las indicaciones geográficas de la leyenda que le había enseñado Hammadi Djengoudo, gran conocedor peul. Se sorprendió al descubrir el trazado del antiguo cauce del río Níger.

## Conclusión

La época actual es, para África, la de la complejidad y del movimiento. Mundos, mentalidades y tiempos diferentes se superponen en ella, interfiriendo unos con otros, influyendo a veces, no comprendiéndose siempre. El siglo XX se codea con la Edad Media, Occidente se codea con Oriente, con el cartesianismo, forma particular de «pensar» el mundo, junto al «animismo» forma particular de vivirlo y experimentarlo con todo su ser.

Los jóvenes dirigentes «modernos» administran, con mentalidades y sistemas de ley, o ideologías, directamente heredados de modelos extranjeros, pueblos y realidades que dependen de otras leyes y mentalidades. Por ejemplo, en la mayoría de los territorios de la antigua África occidental francesa, el código jurídico elaborado luego de la independencia por nuestros jóvenes juristas, recién salido de las universidades francesas, se basa pura y simplemente en el Código Napoleónico. De ello se deduce que la población, gobernada hasta entonces por costumbres sagradas heredadas de los antepasados y que habían asegurado la cohesión de su sociedad, no comprende por qué se la juzga y condena en nombre de una «costumbre» que no es la suya, que no conoce y que no corresponde a las realidades profundas del país.

Todo el drama de lo que yo llamaría «África de base» es que frecuentemente está dirigida por una minoría intelectual que ya no la comprende, y sigue principios que no le corresponden.

Para la nueva intelligentsia africana, formada en las disciplinas universitarias europeas, muy a menudo la Tradición ha dejado de vivir. ¡Estas son «historias de viejos»! Sin embargo, conviene decir que una parte importante de la juventud culta siente cada vez más, desde hace algún tiempo, la fuerte necesidad de orientarse hacia las tradiciones ancestrales y de extraer sus valores fundamentales, para encontrar sus propias raíces y el secreto de su identidad profunda.

Por el contrario, en el «África de base», que vive con mayor frecuencia lejos de las grandes ciudades - islotes de Occidente - la tradición ha seguido viva y todavía se puede encontrar, como he indicado anteriormente, un gran número de sus representantes o de sus depositarios. ¿Pero por cuánto tiempo?

El gran problema del África tradicional es, en efecto, *el de*

### *la ruptura en la transmisión.*

La primera gran ruptura, en las antiguas colonias francesas, tuvo lugar con la guerra de 1914, cuando la mayoría de los jóvenes fueron reclutados para ir a combatir en Francia, de donde muchos no volvieron. Estos jóvenes abandonaron el país en la época en que debían someterse a las grandes iniciaciones y profundizar sus conocimientos bajo la dirección de los mayores.

El envío obligatorio de los hijos de notables a las «escuelas de blancos» para separarlos de la tradición favoreció también este proceso. La preocupación principal del poder colonial, y esto es comprensible, era, en efecto, desbrozar lo más posible las tradiciones indígenas para plantar en su lugar sus propias concepciones. Las escuelas, laicas o religiosas, fueron los instrumentos esenciales de esta obra de destrucción.

La educación «moderna» recibida por nuestros jóvenes desde el final de la última guerra terminó el proceso y creó un verdadero fenómeno de aculturación.

La iniciación, huyendo de las grandes ciudades, se refugia en el monte donde los «ancianos» encuentran cada vez menos a su alrededor, debido a la atracción de las grandes ciudades y a las nuevas necesidades, los «oídos dóciles» a los que transmitir su enseñanza, porque éste no puede darse, según la expresión consagrada, más que «de la boca odorífica al oído dócil bien curado» (es decir, bien receptivo).

Nos encontramos, pues, ante *la última generación de los grandes depositarios* en todo lo que concierne a la tradición oral. Por tanto, el esfuerzo de cosecha debe intensificarse en



los próximos diez o quince años, después de lo cual habrán desaparecido los últimos grandes monumentos vivos de la cultura africana, y con ellos los tesoros insustituibles de una enseñanza particular, a la vez material, psicológico y espiritual, fundado en el sentimiento de la unidad de la vida y cuya fuente se pierde en la noche de los tiempos.

Para llevar a cabo este trabajo de cosecha, el investigador deberá armarse con mucha paciencia y recordar que debe poseer «un corazón de tórtola, una piel de cocodrilo y un estómago de avestruz».

«Un corazón de tórtola», para no enfadarse ni emocionarse nunca, aunque le digan cosas desagradables. Si rechazas tu pregunta, no hace falta insistir, más vale ir a instalarte en otra rama. Una discusión aquí provocará repercusiones en otra parte. Mientras que una salida discreta hará que te arrepientas y a menudo te llamen.

«Piel de cocodrilo», para poder tumbarse en cualquier lugar, en cualquier cosa, sin modales.

Finalmente «un estómago de avestruz» para poder comer cualquier cosa sin ser trastornado ni disgustado.

Pero la condición más importante es saber renunciar a juzgar todo según el propio criterio. Para descubrir un mundo nuevo, hay que saber olvidar el propio mundo, de lo contrario sólo llevas tu mundo contigo y no estás «escuchando».

El África de los viejos iniciados, por boca de Tierno Bokar, el sabio de Bandiagara, advierte al joven investigador:

Si quieres saber quién soy,

Si quieres que te enseñe lo que sé,

deja de ser momentáneamente lo que eres

y olvida lo que sabes.